



No mas mujeres!

JOAN CRAWFORD
ROBERT MONTGOMERY
FRANCHOT TONE



ediciones bistagne

收
Robert

¡NO MAS MUJERES!

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO - MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18841-Barcelona

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

¡No más mujeres!

Comedia dramática llena de sugestión y de
encanto juvenil

Dirección de
H. E. GRIFFITH

Es un film de la famosa firma
Metro-Goldwyn-Mayer

Distribuido por
Metro-Goldwyn-Mayer
Ibérica, S. A.
Mallorca, 201 y 203 - BARCELONA

EXCLUSIVA DE DISTRIBUCIÓN PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16 - Madrid: Evaristo San Miguel, 11

GRAFICA MINERVA - Rosellón, 207 - Teléono 79566 - BARCELONA

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

10 Marzo 1936

PRINCIPALES INTERPRETES:

Joan Crawford

Robert Montgomery

Franchot Tone

¡No más mujeres!

Argumento de la película

Se paseaba nerviosamente por su habitación. Estaba ya vestida desde las siete, hora en que Julio le había prometido ir a buscar, y eran las nueve menos cuarto... ¡Aquello era irresistible!

Se paseaba Marcela a lo largo de su habitación y miraba el reloj cada cinco minutos. Las manecillas parecían empeñadas en moverse con una enervante lentitud. Cada minuto se le hacía eterno. La espera era insoportable.

¿Por qué soportar aquello de Julio? Marcela no se lo explicaba... Nunca se había sometido a nadie. Nunca había dejado que una voluntad fuera más fuerte que la suya propia, y ahora, ahora era el juguete de aquel muchacho loco, de aquel muchacho travieso, inconstante, inconstante que nunca era

puntual a una cita y que se divertía con todas las mujeres como una mariposa que gusta de libar en el cáliz de todas las flores.

Marcela decidió consigo misma esperar hasta las nueve en punto. Si a las nueve Julio no había llegado, se iba a dormir... ¡Y que le acompañara otra a cenar aquella noche! No iba ella a consentir estar esperando horas y horas para que el señorito compareciera cuando ya todos los restaurantes estarían cerrados.

Miró otra vez el reloj y no marcaba más que las nueve menos diez. ¿Era posible?... ¿No estaría parado?... Se acercó a él para escuchar el tic-tac monótono, que hubiera querido acelerar. No, el reloj no estaba parado. Sintió ganas de pararlo ella, deteniendo violentamen-

te la marcha de las manecitas; pero comprendió que aquello era un absurdo, y volvió a pasearse.

Nunca había estado tan nerviosa como aquella noche. Miró por el balcón, levantando un poco las cortinas, estrujó el pañuelo entre sus dedos, que estaban tensos, y lo mordió hasta hacerlo jirones.

El reloj, por fin, comenzó a sonar con un ruidito metálico muy dulce, las nueve campanadas de la hora. Marcela se arrancó el vestido y lo arrojó lejos de sí, se quitó las joyas, que dejó caer al suelo sin preocuparse de ellas; se quitó un zapato y lo echó a volar por la habitación; luego se quitó el otro y, lo mismo que el primero, lo echó a volar también.

La puerta se había abierto en aquel preciso instante y una respetable señora de pelo canoso y porte distinguido, cogió en el aire el zapatito, que estuvo a punto de darle en las mismas narices.

—¡Oooh... la... la... la.. la...! ¡No has hecho blanco, querida!... ¿Quieres tirar otra vez?

—No, gracias, abuela... ¿Adivinas qué voy a hacer?

La abuelita miró a su nieta con aire de sorpresa. La vió nerviosa, melancólica, malhumorada. La vió cómo se quitaba la ropa de día y se ponía la de noche, la examinó

detenidamente con sus ojos conocedores profundos del alma de aquella chiquilla inconstante, voluble, alegre y feliz, porque sólo pasaba rozando con los sentimientos, evitando que ellos hincaran en su alma, y le contestó:

—Si no fuera tu abuela y no te conociera tanto y no supiera bien tus aficiones, te diría que te ibas a la cama...

—Abuelita, por esta vez lo has adivinado — replicó Marcela poniéndose en pie con un gesto de la situd y de tristeza.

—¿Pero qué te pasa, chiquilla? ¿Estás enferma? — preguntó la anciana comenzando a alarmarse.

—¿No puede una irse a la cama sino cuando está enferma?

—No... ¡pero a estas horas!... Esto es completamente inmoral, criatura... ¿Qué contestaría yo si alguien me dijera: "Ya estoy enterada de que su nieta se fué a la cama la otra noche antes de que sonaran las nueve"? Me moriría de vergüenza al tener que confesar que era verdad.

—Abuelita, si alguien fuera lo bastante imprudente para decirte eso, tú le replicarías lo que replicas siempre: que todo lo que hace tu nieta les debe importar un rábano.

—Niña... Esa expresión no la he usado yo en mi vida...

—Perdona, abuelita, puedes decirles que no les importa un...

—¡Ssssh, no vayas a decir otra inconveniencia! Pero si estás buena, no acierto a explicarme tu determinación. ¿No ibas a salir esta noche con Julio Warren?

—Sí, él lo creía también...

—Y... por lo visto, estaba equivocado... Bueno, otro en la lista: aquí yace Julio Warren, el pollo más elegante, tuno, conquistador, mujeriego y juerguista inútil que ha habido en el mundo... A pesar de todo, era muy simpático... e incluso llegó a quererle.

La abuela miraba de soslayo a su nieta mientras pronunciaba tales palabras. La expresión del rostro de Marcela le hablaba muy claro de los sentimientos del alma de la muchacha, y al terminar sus palabras, viendo que su nieta hacía un gesto vago y doloroso, le preguntó, más alarmada todavía que cuando le anunció que iba a acostarse:

—¿Qué significa eso?... ¡No me irás a decir ahora que estás enamorada de ese hombre!

—¡No estoy enamorada de él! —replicó Marcela con excesiva vivacidad para que aquella afirmación fuera cierta—. Y ahora me

voy a dormir... Y le puedes decir de mi parte, cuando llegue... que esta noche le he esperado demasiado... pero que no volverá a darme otro plantón.

—¡Hum!... No sé qué conseguirás con eso... Es lástima que pierdas una velada tan simpática. ¿Por qué no sales con Alfredo? Está abajo, esperándote.

—No, abuelita. Vete tú con Alfredo. Es un joven muy respetable y estoy segura de que haría una pareja muy buena contigo. Buenas noches, abuelita.

La buena señora movió la cabeza con disgusto. ¡Aquella rieta suya!... ¿Por qué se empeñaba en irse a acostar cuando un galán no había llegado, si había en el mundo tantos galanes que soñaban con ella? Resignándose, como siempre, a la voluntad suprema de Marcela, bajó al salón y se puso a jugar con Alfredo, aquel muchacho tan serio —¡y tan aburrido!— al que Marcela no podía sufrir y la abuelita no podía soportar. Pero para la abuelita habían pasado ya las turbonadas juveniles y sabía disimular su disgusto. Además, Alfredo era un buen compañero para jugar una partidita, y fué lo primero que le propuso después de haber cambiado con él unas frases de cortesía. Mientras jugaban, no tendría la

abuela que soportar la palabra concienzuda de aquel financiero, que no sabía hablar más que de jugadas de bolsa y de alza y baja de valores.

—¿Qué? ¿Qué te ha parecido esta jugadita? — preguntó la abuela mostrando triunfalmente su juego, que era un triunfo total y definitivo sobre el de Alfredo.

—Perdóneme, señora Townsend, pero esa jugada no ha estado muy clara...

—¿Qué?... ¿Crees que yo hago trampa?

—Perdóneme, señora Townsend, yo nunca me hubiera permitido...

—¡Pues la he hecho! ¿Y qué? Hago trampa siempre que tengo oportunidad. ¿Tú nunca las haces, Alfredo?

—Quiero creer que no habla usted en serio.

—En la vida he dicho una verdad como ésta.

—Usted sí que sabe vivir, señora Townsend... — murmuró Alfredo con nostalgia ante la contagiosa alegría de la simpática abuela.

—¿Y por qué no iba a saber?

—Porque la mayoría de sus contemporáneas...

—Gracias por la galantería...

Aquello cortó las alas a Alfredo, que permaneció silencioso un rato y luego, desviando hacia otro

terreno la conversación, preguntó a la señora Townsend:

—Y... ¿Marcela no dijo nada más de mí?

—¿Te gustaría casarte con ella? — preguntó con ironía la abuela, que no podía imaginar a aquella deliciosa criatura, alegre y vivarach, unida a aquel hombre tan serio, que ni siquiera sabía hacer trampas en el juego—. ¡Tú y Marcela!... ¡Sería estupendo!... ¿Y por qué no Jean Harlow con Mahatma Ghandi? — preguntó riéndose estrepitosamente.

—No entiendo a qué viene esa comparación —replicó Alfredo un tanto ofendido.

—¡Oh, Alfredo! ¿Quieres traerme mi chal, que está sobre aquella butaca?

Alfredo se apresuró a cumplir la orden, pero cuando volvía con el chal, se lo arrebató de las manos un joven que acababa de entrar en el salón sin que la señora Townsend le viera; fué a ella por la espalda, la envolvió en el chal y la abrazó y la besó en la frente con muy poco respeto y ninguna consideración.

—¡Alfredo, Alfredo! ¿Qué haces? — preguntó la buena señora, horrorizada de que aquel hombre tan serio se tomara aquellas libertades.

—¡Hola, rica! — dijo el recién llegado, mostrándose a los ojos atónitos de la señora Townsend.

—¡Julio!... Ya me extrañaban a mí esas expansiones... ¿Qué te trae a esta casa... tan temprano?

—Vengo únicamente a verla a usted, abuelita... y si usted me lo permite, le diré que como usted es mi vida...

—¡Cállate, loco!... Pero, ¿conoces a Alfredo, verdad?

—¡Oh, sí, sí! Y Alfredo también me conoce a mí... No hacen falta las presentaciones. ¿Qué tal, Alfredo?

—¡Hola, Julio! — contestó Alfredo, que se sentía molesto con la presencia de aquel muchacho tan dinámico, tan decidido, tan alegre, que se tomaba todas las libertades con tal gracia y tal naturalidad que nadie podía darse por ofendido de ellas.

—¿Qué, estaba hoy muy alegre la Bolsa, Alfredo? — le preguntó Julio con gran ironía.

—No le hagas esas preguntas, Julio, que es capaz de decirnos las cotizaciones — exclamó la abuela, fingiendo más alarma de la que en realidad sentía.

—¡Ah, pues entonces, no he dicho nada!... Porque yo he venido, precisamente, a olvidar mis desgracias...

—¡Estás arreglado si has venido a eso!... ¡Hum!

—¿A qué viene ese bufido, abuelita?

—Te lo explicaré, si me quieres escuchar.

—¡Oh, no, no, no me lo diga! Espere... Un momento, un momento. Siento algo así como un espíritu que flota en torno mío, que quiere comunicarse conmigo... — murmuró Julio, imitando cómicamente a los que llaman en su auxilio a los espíritus—. Déjenme que me reconcentre para reconocerle... ¿Quién puede ser?... ¡Ah, sí, sí, ya lo siento más cerca de mí! ¡Ya se hace visible! ¡Es Marcela, que está enfadada conmigo!

—¡Ah, ja!—gruñó la abuela.

—¿Dónde está Marcela?

—Dijo que cuando vinieras, te advirtiese que tenía una jaqueca terrible... y que por esta causa sentía no poder salir esta noche contigo...

—¡Qué embustera es usted, abuelita! Nunca habló así la Marcela que yo conozco.

—¿No? Pues bien, en realidad, lo que dijo fué que te podías ir a...

—No siga, que me lo figuro — interrumpió Julio con vivacidad—. Y probablemente fuí yo mismo quien le enseñó esa expresión... ¿O

quizá fué usted? Dígame dónde está Marcela.

—En su cuarto... Tal vez durmiendo.

—¿Durmiendo mientras la espero? ¡Vaya un modo de recibirme!...

—No te enfades, Julio, pero Marcela ha dicho que terminaba contigo.

—Eso sí creo que lo dijera.

—Pues dijo esto... y aun dijo otras cosas mucho peores... El hecho es, muchacho, que estás descartado de la lista... Si quieres, te daré detalles y te darás cuenta de lo descartado que estás... ¿Recuerdas a aquel muchacho del cuento que por querer subir a una cumbre cayó y se rompió una pierna?

—Sí; pero la muchacha que le acompañaba, quiso subir más alto aún... y se rompió la cabeza... Voy a subir a ver a Marcela. Estas cosas se arreglan con un poco de conversación. Verá cómo yo la convido.

—Lo dudo, Julio.

—Yo estoy seguro de ello.

—¿Pero se va a atrever usted a penetrar en el cuarto de la señorita Townsend? — preguntó Alfredo, que hasta entonces había permanecido mudo y al que aterrizzaba la osadía de aquel muchacho tan dinámico, tan loco, tan inconstante y

que tenía cautivada a la señora Townsend, a la que se atrevía a llamar abuelita con una imperdonable familiaridad—. ¡No puede subir a su cuarto, caballero! Tal vez esté acostada...

—¿Y qué tiene que ver eso?... ¿Acaso una dama acostada es algo que repugna?

Con gran estupefacción de Alfredo, salió Julio del salón sin que la señora Townsend opusiera ninguna objeción a aquella desfachatez del osado muchacho. Subió dos a dos las escaleras y, antes de penetrar en la habitación de Marcela, se detuvo un momento, se arregló un poco la corbata, se estiró la chaqueta y, viendo colocado en un jarrón del pasillo un magnífico ramo de rosas, lo cogió y entró en la habitación, corriendo a la cama y gritando:

—¡Marcela, Marcela!

Incorporóse sobresaltada la muchacha y miró a Julio con los ojos llenos de reproches.

—Perdona, querida... ¿estabas durmiendo? — le preguntó Julio en el tono más natural y despreocupado.

—¿Qué vienes a hacer aquí? — preguntó Marcela, queriendo fingir un enojo que se había desvanecido en absoluto al escuchar la voz de Julio.

—A nada, querida... a traerte

estas rosas... Se las compré a una viejita muy simpática que está en la esquina de esta calle.

—¿Las has comprado para mí? ¡Oh, qué hermosas!... — exclamó Marcela cogiendo el ramo y acercándose a la cara para aspirar con voluptuosidad el perfume de las flores.

—Sí, para ti... Es una ancianita muy amable... Dijo... dijo... "lléveselas a su novia, caballero"... y, claro, yo no pude resistir a la tentación.

Marcela se cubría el rostro con las rosas para ocultar la risa. La frescura de Julio era colosal. Asomando los ojos por entre unas flores y poniendo mucha picardía en sus palabras, le contestó:

—Y cuando la viejecita te las dió, su simpática carita llena de arrugas, se sonrió al decirte: "Si acaso su novia no las encontrase lindas... hallará usted otras en el jarrón que hay en la puerta de su dormitorio..."

—¿Las has reconocido? — murmuró Julio sin perder su serenidad ni su humorismo—. Bueno, te las hubiera podido comprar si en la esquina de esta calle hubiera habido una simpática viejecita que las vendiera... pero cómo no la hay, he dejado que mi imaginación tejiera un bello cuento...

—Acepto tu galantería, Julio, y también tu excusa, tan encantadora como conocida... A otra podrás engañarla con tus excusas, pero a mí no...

—No, si no tengo excusa, querida... Quiero decir que no tengo ninguna buena... ¡Vamos, que no tengo ninguna, ni buena ni mala!...

—De todos modos la acepto: buena o mala, la tengas o no la tengas, estás excusado; pero haz el favor de salir de aquí y de dejarme dormir.

Julio, sentado en el borde de la cama, con la cara triste y los ojos bajos, no hizo el menor movimiento para levantarse y cumplir la orden que Marcela le daba. La mirada de la muchacha se dulcificó un tanto. A Marcela le hacía gracia aquella desfachatez de Julio y su buen humor, pero hoy estaba decidida a no dejarse dominar por él y a ser ella la que venciera.

—¿Quieres dejar ese gesto de niño sin postre? ¿Quieres dejarme dormir? — le preguntó Marcela sin sentir ningún deseo de que Julio se marchara.

—No, no quiero irme hasta que tú me hayas perdonado... No puedo marcharme, Marcela, sin haber obtenido tu perdón.

—Te perdono de todo corazón, Julio.

—Mira, Marcela, ese *de todo corazón*, dicho del modo que tú lo has dicho, no me gusta nada.

—Tampoco me ha gustado a mí lo que me has hecho esta noche.

—Pero, Marcela, ¿no crees que deberíamos olvidar ahora eso, si quiera por esta noche?... Al fin y al cabo todavía no has cenado.

—No, no he cenado, ni ganas tengo de cenar... ¡Estoy aburrida!... Y... además, tengo jaqueca...

—¡Oh, no creo ni una palabra de lo que dices, Marcela!... Mira, conozco un cóctel que te curaría lo primero... o sea el aburrimiento... De la jaqueca me encargo yo.

—Te he dicho que te marcharas y que me dejaras dormir tranquila.

—Y yo te he dicho que no quiero marcharme. Tu perdón no me convence. Tienes que demostrármelo de otro modo más elocuente. ¿Sabes? El cóctel de que te hablo está compuesto de una copita de coñac añejo, media de marrasquino, otra media de curacao, y, bien batidos los tres licores, dan una bebida capaz de quitarle las tristezas a un agonizante.

—No me hacen gracia tus chistes... y te repito que tengo jaqueca.

—¿Qué?... ¿Pero es verdad eso de la jaqueca?... ¡Oh!... ¡Oh!...

¡Oh!... —exclamó Julio levantándose y yendo más cerca aún de Marcela.

La tomó la cabeza entre las manos y Marcela le dejó hacer.

—¿Te duele aquí?—le preguntó Julio acariciando suavemente su pelo sedoso.

—No...—replicó Marcela entornando los ojos con voluptuosidad. Aquellas caricias le estaban devolviendo la vida.

—¿No, pequeña?... ¿Entonces aquí?—dijo de nuevo Julio, hundiéndose más sus dedos en aquella mata de pelo y acariciando más vivamente la cabeza de la muchacha.

—¡Ah... ja!... Así... hacia el otro lado... ¡Ah... ja!—exclamaba Marcela con pequeñas exclamaciones de niña mimada.

—¿Qué tal ahora?—le preguntó él mirándola a los ojos y sonriéndola.

—Mucho mejor.

—¿No te decía yo que el cóctel te alegraría y que la jaqueca te la iba a quitar yo?

—Sí, tienes razón, tienes siempre razón.

—Y ahora, para sellar nuestra paz te voy a enseñar una cosa que traigo en el bolsillo para ti... y que no compré precisamente a la viejita de la esquina.

—¿Qué es?

—Toma... —dijo Julio, entregando a Marcela una pitillera elegante y distinguida.

—¡Oh!... Pero, dime, Julio, ¿tratas de quitarme el enfado coaccionándome de este modo?

—¿Acaso lo he conseguido?

—No... pero casi, casi me dejo convencer... ¿Cómo sabías tú que era esto lo que más deseaba yo?

—Como te gustaba tanto la que tenía Daniel... pensé...

Marcela abrió la pitillera después de haberla contemplado largamente cerrada y, con gran asombro, vió inscritas en el interior las iniciales "D. S".

—¿D. S?... ¡Pero si es la de Daniel!... ¿Cómo has logrado hacerle con ella?

—Es muy sencillo, querida... No quería hacerte esperar mientras fabricaban otra igual y me decidí a robar ésta...

—¡Julio!... Si sigues haciendo estas locuras acabarás en la cárcel...

—No; es una locura a medias, porque le dejé la mía a cambio de ésta.

—Pero no por eso deja de ser una locura, una deliciosa locura, Julio—dijo Marcela riendo y sintiendo que todo su enojo se había disipado ya—. Y... dime... ¿en

dónde sirven ese cóctel tan bueno del que me hablabas hace un momento?

—¿Te apetece ahora?... ¡Ah, pero no creo que sea lo más acertado que salgas a la calle con esa jaqueca tan fuerte que tienes!...

—Julio, voy a decirte la verdad... No he tenido nunca jaqueca.

—Ya sabía yo que me estabas tomando el pelo y que todo tu enfado era un capricho. Eres una niña malcriada, voluntariosa y de pésima educación...

—Perdóname, Julio... ¿He hecho muy mal engañándote?

—Merecías que no te llevara esta noche a ninguna parte.

—¿Y tú qué merecerías?

—No lo sé; pero tú mereces que no te lleve...

—Pero me vas a llevar, ¿no es eso? ¡Y muy a gusto!... ¿No es eso?

—Si todo te lo dices tú... Si has de ponerte de ese modo... Si te has de dar otra vez jaqueca mi negativa... me sacrificaré—dijo Julio tomando entre sus manos la cabecita adorable y besándola cariñosamente, con un beso suave y dulce.

—Bueno, está bien... pero ahora márchate, que tengo que vestirme... Espera, espera un momento... ¿Podrías decirme el motivo por el

cual has llegado tan tarde esta noche?

Julio se detuvo un instante y luego, mientras iba caminando hacia la puerta, fué balbuceando sus excusas, que no convencían a Marcela, pero que la divertían. Nunca había visto imaginación más pobre que la de Julio para inventar excusas verosímiles. Antes de que él las hubiera formulado ya ella había pensado seis docenas, todas ellas mucho más lógicas y más verosímiles. Ahora le escuchaba con la sonrisa en los labios y moviendo la cabeza. No podía enfadarse con el muchacho, no podía... ¡per- que le quería demasiado!

—Pues... pues verás...—murmuró Julio—, se trata de una chica completamente desconocida para mí... Y ya sabes lo que pasa... La culpa no ha sido mía... Le telefoné a uno, le envían cartas... ¿Y qué puede uno hacer?... ¡No te vas a mostrar más casto que José!... Y he ido... estaba en... Bueno... cuando he mirado la hora en el reloj me he quedado asustado... ¡eran las siete menos cuarto!... ¡Me quedé sorprendido de lo tarde que era... y me apresuré a venir!...

—Y has venido tan rápidamente que no has llegado a esta casa hasta las nueve y media; me gusta tu diligencia... Bueno, querido,

vete un rato con abuelita, el tiempo de vestirme, verás cómo no tardó tanto como tú en venir aquí...

Julio obedeció aquella vez y salió con su gran ramo de flores en la mano; pero en la puerta se encontró con abuelita a la que ya estaba escamando aquella larga conversación y venía decidida a poner fin a ella. Julio, al verla, le hizo una cortés reverencia y le ofreció el ramo. La buena señora movió la cabeza compasivamente y entró de rondón en el cuarto de Marcela cerrando la puerta tras de sí.

Estaba la muchacha sentada en la cama, mirando a lo infinito, soñando en esos mil vagos y deliciosos sueños que evoca el amor en las imaginaciones juveniles. La abuelita se acercó a ella y la abrazó emocionada al ver el sentimiento que brillaba en los ojos de su nieta.

—¡Marcela, chiquilla!—le dijo con ternura.

—¡Ay, abuelita!... ¡No tengo remedio!... ¡Le amo!

—¡Pero, criatura!... ¿Tú?... ¿Enamorada de eso?... ¿Pero es que no te da la gana de comprender que?... Luego no vayas a salir diciéndole que no te lo advertí...

—¡Oh, abuelita, le amo, le amo! — exclamó Marcela ocultando su rostro en el pecho de la abuela y

rompiendo a llorar con toda su alma. La abuelita la estrechó fuertemente sobre su corazón — ¡también ella había sido joven!—, la besó como a una niña mimada y le dijo, arrullándola con cariño: —¡Oh, pobre, pobre tontina mía!...

Fueron a cenar a un cabaret. A Julio le gustaba la alegría, la música, los lugares divertidos en donde se olvidaban las penas fácilmente, el champaña, el baile, el humo de los cigarrillos suaves y perfumados, las risas discretas y las carcajadas estrepitosas de aquellos a los que el vino y los licores habían ya hecho su efecto. A Marcela le gustaban también aquellos restaurantes nocturnos en donde, entre plato y plato, se podía bailar y ser feliz en los brazos del amado. Ya sabía que aquel Julio era un loco, un mujeriego, un inconstante... ¡pero quién le va con esas cosas al amor!... Marcela le amaba y estaba dispuesta a conquistar a su lado la felicidad.

Cuando llegaron el cabaret estaba repleto de público, pero todavía

quedaba alguna mesa vacía y se instalaron en una de ellas ansiosos de un delicioso "tête à tête" que sería el remate final de la querella que habían sostenido y que había terminado por un armisticio... "Armisticio armado", como decía Marcela cada vez que hacían las paces, ya que estaba segura de que la tranquilidad había de durar muy poco tiempo.

Pronto abandonaron la mesa para lanzarse a la danza. Marcela estaba muy bella y elegantísima. A Julio le gustaba exhibirse con mujeres guapas y admiradas y codiciadas por todos. Le gustaba, ante todo, mostrar que las mujeres decentes, como Marcela, también le hacían caso. No todo habían de ser conquistas fáciles de las que mal puede vanagloriarse el don Juan

de oficio. Marcela era una conquistadora que coronaba la cima de todas sus conquistas. Y Julio estaba orgulloso de ella, aunque por nada del mundo hubiera querido dejarse coger en las redes del matrimonio.

Mientras bailaban se miraban a los ojos y reían como dos verdaderos enamorados, reían con la inconsciencia de la risa del amor, que ríe porque se cree comprendido o porque se cree correspondido en la misma medida.

—No se puede negar que, aunque a veces nos peleemos, a veces nos divertimos bastante—dijo Julio al oído de Marcela que replicó con una leve exclamación de asentimiento—. Y de aquí en adelante nos divertiremos mucho más, infinitamente más... y mucho mejor que ahora porque ya no nos vamos a pelear nunca...

—¿Y sabes por qué?—le preguntó Marcela con sorna.

—No, ¿por qué?

—Pues... porque yo no estoy enamorada de ti, y esto debes tenerlo siempre presente.

—En cambio a mí me pasa todo lo contrario... Hay ocasiones en que te adoro... y otras en que siento deseos de estrangularte... ¡Ya ves si estoy enamorado!

Terminaba el baile y Marcela

no contestó a aquellas palabras. Se cogió del brazo de su galán y se encaminaron a su mesa. Pero en su mesa se había instalado tranquilamente un empedernido borrachín, primo de Julio, que siempre iba a su zaga y que por todas partes se lo encontraba, con gran desesperación de Julio, para el que la presencia de Eduardo no resultaba siempre lo bastante agradable para poderlo soportar sin protestas.

—¡Ah... feliz año viejo!—gritó Eduardo al verles llegar, sin levantarse y llevando a sus labios la copa desbordante de champaña.

—Eduardo—dijo Julio con mucha seriedad, porque maldita la gracia que le hacía en aquella noche de reconciliación el encuentro con el borrachín—, siento mucho decírtelo, pero ésta es nuestra mesa.

—¡Oh, perdón!... ¡Hola, Marcela!... ¡Qué bonita estás hoy y cuánto me alegra verte!... ¡Qué bien estaremos ahora tú y yo, aquí, solitos!...—murmuró viendo que Julio se alejaba unos pasos, pero al verle regresar con una silla en la mano, dijo, bebiendo de nuevo para quitarse la amargura de la decepción—. ¡Ya has encontrado silla!... ¡Qué lástima!... ¿Queréis un poco de vuestro vino?... A mí me gusta mucho invitar... cuando pa-

gan los otros. Bebed, bebed, no lo escatiméis... tomad ejemplo de mí...

—Gracias—replicó Marcela riendo, divertidísima de lo que decía Eduardo.

—Gracias—dijo también Julio, pero con cara de funeral, porque a él no le hacían gracia ninguna las borracheras de su primo, y mucho menos cuando le daban pesadas, que era una vez sí y la otra vez doble.

—Eduardo, perdóname la pregunta, pero es que siento una gran curiosidad... ¿Quién es tu pareja esta noche?—le preguntó Marcela.

—Pues... tú, tú misma, queridita... tú... lo acabo de decidir ahora...

—¡Oh!... ¡Qué gracioso!

—Je... je...—rió con una risita seca y forzada Julio—. Esto sí que es gracioso y colosal... ¿Y qué te ha hecho tomar esa determinación?

—Vamos, Julio, vamos... ese no es modo de hablarle a un primo carnal... Esa ironía no debes usarla con un primo carnal.

—¡Qué primo carnal ni qué tonterías!... ¡Primo segundo, y gracias!

—De nada... querido primo segundo... No vamos a reñir por grado de más o de menos... Es igual... Primo segundo... está bien... Y yo he venido aquí esta noche para

cumplir una importante misión, Marcela, una misión importantísima... Marcela, tengo que salvarte de las garras de este hombre...—dijo Eduardo en tono misterioso y melodramático.

—¿De veras?...

—Sí, Marcela... ¡Marcela, júrame que todavía... que todavía no es demasiado tarde para volver al sendero del bien!... ¡Que no eres una oveja completamente descarriada!...

—¡Ah, reverendo padre!... No tengo nada de qué acusarme—dijo Marcela riendo con todas sus ganas y siguiendo la vena de Eduardo—. Julio no me ha hecho nunca proposiciones de ningún género... ¡ni siquiera matrimoniales!...

—¿Es posible, Julio? ¿Es verdad lo que está diciendo Marcela?... Entonces, ¿qué te pasa?... ¿Tú estás malo, Julio?... ¿O es que te acobardas?

—Mira, Eduardo, lo mejor que puedes hacer es acabarte de emborrachar y marcharte a dormir—le dijo Julio llenándole nuevamente la copa que Eduardo se apresuró a vaciar de un solo sorbo.

—¡Ah... este Julio... este Julio! Sigue tan insoportable como cuando era muchacho... ¿No sabes, Marcela, que cuando yo tenía catorce

años este cobarde me deshizo la barbilla de un puñetazo?

—¿Es posible!... ¿Y cuántos años tenía entonces el malvado?...

—¿Eh?... ¡Ah, sí!... No sé... unos siete u ocho...

—No, sólo tenía cinco—corrigió Julio—. Y no te di en la barbilla, sino en la nariz.

—Sería en la nariz, cuando tú lo dices... pero me la dejaste aplastada... tan aplastada que luego la confundía con la barbilla...

—Debías ser adorable de niño —murmuró Marcela mirando a Julio con ojos burlones.

—Sí, sí lo era... Y tú no sabes bien cómo bebe este chico... bebe como un mosquito, como dos mosquitos... Un hombre que no sabe emborracharse... ¡Uf, qué asco!... Marcela, si quieres puedo darte otros muchos detalles de Julio...

—No es necesario, querido primo... —dijo Julio poniéndose en pie y tomando a Marcela por el brazo—. Vámonos, querida.

—Vámonos... En seguida volvemos, Eduardo —dijo Marcela siguiendo a Julio.

—Lo que es por mi parte puedo decirte que no vuelvo, como no me traigan atado...

—Marcela, Marcela, si vuelve a molestarte ese mal sujeto —gritó Eduardo mientras bebía nuevas co-

pas de champaña—das un grito y uno de nuestros corteses agentes te protegerá sin cobrarte nada por ese servicio... Nuestro lema es... ¡Hay que acabar con los frescos!...

Julio se llevó a Marcela. Le repugnaban las borracheras de su primo y le molestaba su manía de hablar siempre de él. ¿Qué le importaba? ¡Estaba cansado de aquellas constantes bromas de su primito cuando tenía el vino hablador, que era siempre. Y aquella noche le molestaban más que de ordinario, porque aquella noche se había propuesto pasarla felizmente al lado de Marcela.

—Vámonos de aquí ya—le dijo, queriendo sacarla de aquel cabaret para llevarla lejos, donde Eduardo no pudiera encontrarles.

—¡Oh!... ¿Pero ya quieres marcharte?... ¿Por qué?

—¿Por qué?... ¿Es que piensas quedarte aquí toda la noche?

—Toda la noche no; pero ¡si acabamos de llegar!... ¿Adónde quieres ir?

—Al Ritz, a la fiesta de Elkin o a cualquier parte que no sea ésta.

—Pero, Julio, ¿por qué cuando estás en un sitio en seguida te entran deseos de marcharte a otro? Está visto que la inconstancia es en ti una enfermedad.

—¿Que soy inconstante? ¿Pues qué quieres tú? Que me esté toda la noche en un mismo cabaret y con la misma muchacha... ¿no? ¡Pues a mí me gusta la variación!

—Ya, ya estoy convencida de ello —replicó Marcela sonriendo, pero un poco dolida—. Para ti la constancia es una cosa imposible.

—¿Quieres que vayamos al bar? Allí estaremos más solos—dijo Julio. Y allí se encaminaron, se encaramaron en los altos taburetes colocados frente al mostrador y Julio ordenó:

—Un *brandy* con soda y a la señorita un *cointreau*, ¿no es eso lo que tú quieres?

—Bueno... si tú lo dices... ¡Siempre aciertas en todo lo que quiero!... ¡Quizá por eso te odio tanto!

La paz y la soledad que Julio había ido a buscar al bar no la hallaron, porque no hacía un instante que estaban sentados cuando apareció Eduardo, caminando como un sonámbulo y dando traspiés a cada momento, como si comenzara a aprender a caminar en aquel día.

—¡Oh!... ¿Estáis aquí? —exclamó como si viera a dos seres completamente desaparecidos desde tiempo inmemorial—. Creísteis que os libraríais de mí, ¿eh? Pues ya me tenéis otra vez con vosotros...

Ven aquí, hombre, ven aquí... ¡He venido a salvar a Marcela!... Marcela, tus desdichas han terminado... Pero ven aquí, hombre —repitió dirigiéndose a un muchacho que venía con él y que no se atrevía a acercarse sin duda por temor a que la borrachera de Eduardo pudiera perjudicarle en la presentación—. Ven aquí, que te presente... ¿Tú no le conoces, verdad, Marcela?

—No —replicó Marcela fijando sus ojos en el recién llegado que le simpatizó mucho.

—Es nada menos que el señor Jaime McIntyre Duffy, el campeón mundial de peso ligero pesado... Y ¿sabes de qué modo te va a salvar el señor Duffy?

—No...

—Quitándole la cabeza de un puñetazo a Julio...—contestó riendo con toda su alma el borrachín.

—¡Qué gran placer! —exclamó Julio volviendo a mirar a aquel hombre que venía dispuesto a partir en dos su cuerpo.

—Ahora, ahora es el momento —azuzó Eduardo con vehemencia.

Duffy, sin fijarse muy bien en Julio, le preguntó, poniendo cara de boxeador que no quiere perder:

—De modo que se dedica usted a molestar a las chicas decentes, ¿eh?

—Reconozco que me divierto con ellas y quizá las moleste un poquito... y si a usted le disgusta, lo siento mucho...

Fué entonces cuando Duffy fijó sus ojos en el rostro de Julio. Cambió de expresión el suyo, abrazó a Julio con entusiasmo mientras decía, con gran asombro y desesperación de Eduardo:

—¡Pero si es el sinvergonzón de Julio!... ¡No sabes cuánto me alegro de verte, chico!

—Oye, gran frescales, ¿y qué haces tú esta noche en el cabaret? —preguntó Julio devolviéndole el abrazo y reconociéndole a su vez. —Debías estar entrenándote. Tengo mucho dinero apostado por ti y no quiero que me lo hagas perder.

—¡Pero quién iba a imaginarse que esos dos tipos fueran amigos! A ver, que me den un trago de algo en seguida, que me ahogo de la impresión...

—Duffy, te presento a la chica decente... a la que estoy pervirtiendo—dijo Julio presentando a Marcela.

—Gracias por haber salvado mi reputación, señor Duffy —dijo Marcela estrechando la mano del boxeador.

—Señorita, estoy siempre a sus órdenes.

—Esta es la primera vez que le veo a usted vestido.. y no sabe la buena impresión que me causa. Los boxeadores tendrían que presentarse primero vestidos para conquistarse la simpatía de las mujeres.

—Oye, oye, Duffy, hace rato que no haces caso de mí—intervino Eduardo que se había bebido en aquel intervalo dos brandys más—. ¿De quién eres amigo, de ellos o mío? Tú me prometiste...

—Pero no sabía que era un camarada... No puedo indisponerme con Julio al que tengo sincero afecto.

—¡Este Julio!... Yo no sé cómo se las arregla para estropear siempre todos los planes.

—Tienes razón, Eduardo, por su culpa estoy yo también estropeando este vestido que quería estrenar para la fiesta de Dolores Frasso.

—¡Oh!... ¿pero es que no te diviertes mucho más conmigo? ¡Y hoy día es tan difícil divertirse!

—Entonces, ¿tú crees que es preciso estar siempre alegre?

—Siempre —replicó Julio con convencimiento—. Las situaciones difíciles hay que afrontarlas con una sonrisa.

Marcela, que acababa de descubrir a un antiguo amigo de Julio entre la multitud, sonrió con malicia y contestó, mirando siempre fi-

jamente a aquel que llamaba ahora su atención:

—Pues creo que debías ir preparando esa sonrisa para las situaciones difíciles... porque la situación se aproxima.

—¿A quién te refieres?

—A alguien en quien en cierta ocasión le quitaste la esposa... No te vuelvas ahora porque está parado ahí enfrente.

Julio no obedeció, antes al contrario, volvió la cabeza, miró a Jaime y le hizo una efusiva seña para que se acercara a ellos.

—Tu frescura no tiene límites —murmuró Marcela entre dientes, porque ya Jaime se acercaba a ellos con una escéptica sonrisa en los labios y saludaba a Julio como si nunca hubiera pasado nada entre ellos.

—¡Hola, Julio!... ¿Cómo estás, Marcela? ¡Ya veo que muy bien acompañada!—dijo Jaime con ironía—. Julio es tan amable...

—Sí... precisamente estaba ahora comentando la amabilidad de Julio...

—Y parece que Marcela no es de tu misma opinión, Jaime—interrumpió Julio con aquella desfachatez que le hacía salir airoso de todas las situaciones por difíciles que fueran.

—Pero ¿es posible, Marcela? ¿Es

posible que no encuentres amable a Julio? ¡No lo concibo!... ¡Si hay mujeres que hasta le encuentran irresistible! La que fué mi esposa es una de ellas... y conozco a otra que está loca también por él.

—¿A cuál de ellas te refieres? —preguntó Julio con tranquilidad.

—A Carolina... Hace poco lloraba sobre mi hombro porque tú no la hiciste caso al pasar bailando por su lado.

—¿Dónde está Carolina? —preguntó Julio oteando con su mirada todo el salón—. Yo no tengo la mala costumbre de... ¡Chico, qué retenguapísima está esta noche! —exclamó al descubrirla.

—Y lo peor es que ella sabe que lo está...

—Es estupenda —dijo Julio, marchando hacia ella, atraído por aquella beldad como una flor que acaba de abrir su corola y atrae a la mariposa pasajera que revolotea por el jardín florido.

—¡Julio!—exclamó Carolina al verle a su lado, echándole al cuello sus brazos y mirándole con una coquetería irresistible—. ¡Creí que estabas enfadado conmigo!... Como pasaste por mi lado y no me...

—¡Qué manía de que esté enfadado con todo el mundo! ¿Por qué había de pasar por tu lado sin saludarte?

—Es que... después de haberte escrito aquellas cartas tan estúpidas... y de cómo me porté contigo... he estado...

—Bueno, bueno, no me expliques más, no seas chiquilla, vamos a bailar y te contaré...

Se abrazaron y se perdieron en el tumulto del baile. Marcela había mirado con los ojos entristecidos súbitamente aquella escena y se quedó cavilosa y pensativa al ver desaparecer a Julio en los brazos de otra mujer.

—Nunca creí que Julio fuese capaz de ensañarse en sus víctimas de ese modo... —murmuró Jaime mirando con afecto a Marcela y queriendo abrirle una puerta a su confianza.

Pero Marcela, con la voz apagada, únicamente murmuró:

—¡Pobre Carolina! — como si atribuyera a Carolina el comentario brotado de los labios de Jaime.

Recogió éste la intención de la exclamación de Marcela, se encogió de hombros, miró a la muchacha insinuante y dijo:

—Después de todo, no vale la pena de que yo me preocupe por ninguna de las conquistas de Julio... ya deben saber quién es.

—Jaime, no me gusta que me

digas eso...—replicó Marcela, dolida por el desprecio.

—Tienes razón, perdona.

—Lo merecerá, sin duda...

—Pero tú no—replicó vivamente Jaime que sentía una gran simpatía por Marcela.

—Si algún hombre tiene derecho a hablar mal de Julio ese hombre eres tú, Jaime...

—¿Y para qué voy a ejercer ahora este derecho?... Diana está felizmente casada, nada menos que con el señor conde de Moulton...

—Sí... pero era más feliz cuando estaba casada contigo.

—Pues te aseguro que Julio no tuvo muchas dificultades para quitármela... Lo que aun no he logrado entender es cómo pudo evadir el casarse con ella.

—Igual que ha sabido evadirse de casarse con otras... —murmuró Marcela con melancolía.

—¡Marcela, Marcela!... Me sobresaltas... Tú no estás buena... ¿a ver la lengua?... Muéstrame la garganta... Deja que te ausculte—dijo Jaime, bromeando ante aquella inesperada melancolía de la muchacha más alegre y despreocupada del mundo entero.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Julio en aquel momento, llegando junto a ellos.

—Reconocía a Marcela y quisie-

ra hacerle todavía otro reconocimiento...

—Y yo quisiera saber con qué derecho...

—¿Y lo pregunta quien desconoce todos los derechos?... Desearía de veras que mi diagnóstico resultara del todo equivocado... Buenas noches.

—Es un buen muchacho, ¿verdad?—preguntó Julio viendo a Jaime alejarse y perderse entre la multitud.

—Sí; yo le estimo mucho... ¿Cómo está Carolina?

—¡Ah, Carolina!... Bien, bien... Sólo quería encontrar a alguien que la consolase.

—Estoy convencida de que tú habrás sabido consolarla magníficamente bien. ¿No llevabas encima, por casualidad, ninguna pitillera de la cual ella se encaprichara?... ¿O no has cogido el ramo de alguno de los jarrones de las mesas, para ofrecérselo?

—Estoy equivocado... ¿o hay en realidad un tono de crítica en tus palabras?

—¿Criticate a ti? ¡Qué ocurrencia!... Tu comportamiento se halla fuera de todo reproche, es adorablemente travieso, de una deliciosa indiferencia, estupendamente...

—Entonces, ¿por qué te gusta salir conmigo?

—Julio, has pasado tan indiferente por la vida que no puedes comprender un sentimiento sincero.

—Con toda franqueza, Marcela, te admiro, eres distinta a Carolina y a las demás mujeres, eres una verdadera maravilla...

—Mira, Julio, me gustas más cuando eres sincero que cuando pretendes fingir... Me voy a bailar con Duffy.

—Pero, nena, espera, escucha... —suplicó Julio viendo que Marcela se alejaba y, al darse cuenta de que no le hacía ningún caso, ordenó al barman:

—Un brandy con soda.

Lo bebió lentamente y se quedó un poco caviloso, lo que no le ocurría con demasiada frecuencia porque daba muy escasa importancia a las cosas de la vida. Julio había nacido para divertirse, no para preocuparse. Pero en este momento no se divertía, y estaba, en cambio, terriblemente preocupado. Fué Eduardo el que vino a sacarle de aquellas abstracciones tan en contraposición con su verdadero carácter.

—Julio, tengo que comunicarte una noticia muy triste... Marcela... Marcela me ha encargado que te

dijera que se llevaba tu coche para... para ir a dar una vueltecita por el parque... con Duffy... ¡Oh, Julio, cuánto te compadezco!...

—¿A mí?... No hay de qué... Soy hombre de suerte... Ella es atractiva, quizá demasiado atractiva y por eso la adoro... Pero me parece que nunca me atraparé una mujer a la que no podría dominar en toda mi vida... y desde este momento no quiero tener ninguna res-

ponsabilidad sobre la encantadora Marcela... Y escucha un consejo: si escarbas un poco en la mujer te expones a hallar en ella a la esposa...

—Sí, claro, claro... Necesito beber, porque me ahogo... Deme un brandy con soda—murmuró Eduardo que aun no estaba lo bastante borracho para olvidarse por completo de que en el mundo había li-

* * *

La abuelita había jugado ya tantas partidas con aquel aburrido de Alfredo, que comenzaba a impacientarse. Pero la abuela prefería estar con alguien —aunque fuera tan aburrido y tan soso como Alfredo— a estar sola en espera de que llegara su nieta. Además, en toda la noche no había tenido la suerte de ganar ni una sola partida y aquello desesperaba a la buena señora. Ya no le valía el hacer trampas, porque Alfredo se las descubría y se las corregía con mucha

corrección. Estaba la señora Townsend desesperada, pero lo disimulaba por cortesía.

—¡Oh, debe ser ya muy tarde! —exclamó Alfredo mirando el reloj—. ¿No desea usted que terminemos la partida?

—¡Ni muchísimo menos, mientras tú sigas ganándome!

—¡Cuánto lo siento!... Pero no es culpa mía.

—No seas tonto y sigue jugando. Cuando gane lo mío entonces te dejaré marchar.

—Buenas noches —dijo la voz de Julio, fúnebre y velada.

—¿Qué haces tú aquí, a estas horas? —preguntó la abuelita levantando la cabeza para mirarle con extrañeza.

—Abuela, ejerce usted sobre mí una atracción irresistible...

—Mira, Alfredo, no puedo jugar mientras Julio dice tonterías; será mejor que te marches.

—Sí, esto mismo estaba pensando yo. Ya es muy tarde —afirmó Alfredo poniéndose de pie y disponiéndose a salir.

—Sí, rico, lo mejor será que te cuides estos días para contrarrestar los efectos de la orgía de esta noche... —le dijo la abuela con una cortante ironía.

—Siempre me cuido, señora Townsend... Y... me es muy violento, pero debo decirle que me debe usted siete cincuenta.

—¿Te es violento? Pues más me lo es a mí, que no tengo dinero para pagarte... Págale tú, Julio.

—Ahí van—dijo Julio entregando a Alfredo el dinero.

—Bueno, ahora dime dónde está Marcela —dijo la abuela dirigiéndose a Julio.

—Pues... yo había supuesto, equivocadamente sin duda, que ya estaba aquí...

—¿Eso quiere decir que no sa-

bes dónde está? —preguntó Alfredo después de haber hecho un gran esfuerzo de imaginación.

—Con toda exactitud... no sé dónde está.

—¿Quieres decirme qué pasa? —preguntó la abuela impacientándose.

—No lo sé, pero usted no se preocupe.

—No, no, si no me preocupo... ¿Para qué, sabiendo que no está contigo?

—Es una razón que convence—murmuró Alfredo.

—Julio, contesta a lo que te he preguntado... ¿qué has hecho de Marcela?

—Pues... se... se me perdió.

—Eso es una broma, ¿eh?—preguntó Alfredo con ofendida dignidad.

—No, Alfredo, no. Jamás he hablado más en serio.

—Alfredito, rico, creo que ya es hora de que te vayas a la camita... —dijo la abuela a la que aquel muchacho idiota crispaba los nervios.

—Pero usted ignora el paradero de Marcela... y yo no puedo abandonarla a usted en esta situación.

—No te preocupes, ya nos las arreglaremos la abuela y yo.

—¡Es que estoy francamente preocupado!...

—¡Bobadas!... Vete con Dios... Alfredo.

—Bueno, pues si usted lo manda... buenas noches.

—Buenas noches.

Salió Alfredo y la abuela se paseó a grandes pasos a todo lo largo del salón.

—Es un buen muchacho.. y un pilar de la sociedad—murmuró la vieja con son de burla.

—Y de una moralidad que empalaga.

—¡Hasta es probable que use calzoncillos largos!... ¡Y quiere casarse con Marcela!

—¡La verdad es que tiene ideas originales!

—Bueno, ahora que estamos solos, dime la verdad, ¿dónde está Marcela?

—Puesto que usted lo exige, voy a decirle la verdad... No lo sé... Estábamos en un cabaret... se me llevó el coche y un boxeador por el cual tengo apostado mucho dinero y desapareció en la noche... La estuve esperando lo menos dos horas y al fin comprendí que había sido víctima de una broma.

—Me parece que comienzo a comprender... Se llevó tu coche... se llevó también a un boxeador... y estoy completamente tranquila...

Te confieso que había llegado a estar preocupada.

—¡No!...

—Sí, te lo aseguro.

—¿Y qué la preocupaba?

—Tú... precisamente tú... Temía que Marcela, al volver esta noche, me dijera que habías decidido casarte con ella.

—No se intranquilice por eso... Marcela no se casaría conmigo.

—Dudo que tenga sentido común... Antes aun estaba segura de ti... ahora ya no puedo tener esa seguridad.

—¿Que no está usted segura de mí? Descuide, abuela, que Marcela no me pesca—afirmó Julio con mucha resolución.

—Por si acaso no debes jugar con fuego... Es peligroso...

—¿Jugar con fuego?

—Sí, jugar con fuego... Es una cosa que no deben hacer los niños... El que lo hace corre peligro de quemarse.

—Aunque aun no huelo a chamusquina conseguirá usted alarmarme.

—Esto es lo que pretendo, para que estés sobre aviso.

—¿Quiere usted decir que Marcela trata de?... Mañana zarpa un trasatlántico... Quizá me vaya en él.

—¿Tienes pasaporte?—preguntó la abuela con mucha seriedad.

—Siempre lo tengo listo.

—Debí suponerlo... Todo delincuente que se estima tiene siempre cubierta la retirada.

Julio se mordió los labios, se sentó en un sofá y se quedó silencioso mientras la abuela seguía paseándose a lo largo del salón con impaciencia. En una de sus vueltas y revueltas, al enfrentarse con la puerta, vió entrar a Marcela que la saludó con naturalidad, como si nada hubiera ocurrido.

—Buenas noches, abuela, ¿para qué te has molestado en esperarme?

—Yo no la he esperado a usted, señorita juerguista —dijo la abuela, mostrando a Julio con un gesto.

—Julio, has sido muy amable, toma la llave de tu coche, que está ahí fuera esperándote.

—Ya estaba un poco preocupado por él...—replicó Julio, tomando la llave.

—Y me harás el favor de entregar este cronómetro tan elegante a tu amigo Duffy... Escucha esto, abuelita, verás qué dedicatoria tan conmovedora tiene el reloj: "A Jaime McIntyre Duffy, le ofrecen este regalo sus entrenadores, con gran cariño y afecto."

—¿Y no habla de besos y abrazos?—preguntó la abuela con aquella ironía que ponía siempre en cada una de sus palabras.

—Bueno... ¿y qué ha pasado?—preguntó Julio que estaba nervioso e impaciente.

—Nada... no ha pasado nada, os lo aseguro... a pesar de su carácter afectuoso, alegre, cariñoso... ¿Todos los boxeadores son así de cariñosos?

—No he tenido ningún flirt con ninguno —contestó de mal humor Julio.

—¡No sabes lo que has perdido!

—¿Pero qué ha pasado?—insistió la abuela, queriendo saber.

—Pues empecé por preguntarle si era un verdadero don Juan y en seguida me quiso demostrar que, en efecto, lo era... y comenzó a darme algunas lecciones de amor primitivo... Entonces le dije que debía seguir haciéndome el amor a la orilla del lago, que era más romántico... Bajó inmediatamente del coche, encantado con la idea... pero yo no bajé y me vine aquí... Eso es todo.

—¡Pobre muchacho! —suspiró Julio.

—Tiene gracia que te compadezcas de él... y no te hayas preocu-

pado por mi ausencia ni te compadezcas de mí.

—¡Me gusta la frescura!—intervino la abuela que, aunque había seguido la corriente del día y estaba casi más modernizada que su propia nieta, no comprendía tanta desfachatez—. Abandonas a este muchacho en un cabaret indecente... y te largas con un boxeador por el cual él ha apostado y que seguramente le hará perder su dinero... Luego de recibir lo que tenías bien merecido, te vuelves tranquilamente a casa... confiando en que te hemos de secar las lágrimas para consolarte diciéndote: Ea, ea, ea, nenita, no llores, no llores... ¡Es estupendo!... Bueno, buenas noches, ya nos veremos mañana... ¡Yo sí que estoy oliendo a chamusquina!

—¿Qué?—preguntó Marcela sin comprender.

—Nada—contestó la abuela.

—Yo ya la entiendo—añadió Julio.

—Bien... pues mucho cuidado con no quemarte.

—No os molestéis en aclararme esta conversación, ¿eh?—dijo Marcela que no entendía jota de lo que estaban diciendo la abuela y Julio.

—No es necesario—afirmó la abuela mientras se encaminaba a la puerta—. Te repito, Julio, que an-

des con cuidado, que no eres incombustible...

Marcela miró con extrañeza a la abuela, que salió de la habitación, y luego volvió los ojos a Julio con una expresión de arrepentimiento y de amor.

—Perdona, Julio... Sé que me he portado mal... Pero, a pesar de ello, no estoy arrepentida del todo.

—Pues si no te arrepientes, ¿qué es lo que quieres?

—Comer... Voy a ver si encuentro algo en la nevera... ¡Tengo un hambre!... Tú puedes marcharte a tu casa—replicó Marcela, encaminándose a la cocina.

—¿Acostumbras despedir así a tus pretendientes cuando tienen hambre?—preguntó Julio, siguiéndola.

—No... pero ahora iba a hacer una excepción contigo... ¿Vienes?

—Sí... te aseguro que estoy hambriento.

—Pues ve cortando pan—ordenó Marcela mientras encendía el gas para que se calentara el café y buscaba en la nevera todo cuanto había en ella de comestible.

—¿Dónde está el pan?

—En el cajón del pan... naturalmente... y no olvides que se parte con cuchillo, por regla general.

—Marcela, me parece que esta noche estás algo nerviosa.

—¡Oh, Julio!... Estoy desesperada y harta de todo... Necesito que me dejes sola durante mucho tiempo.. ¿Quieres irte y no volver más?

—suplicó Marcela, sin gran convencimiento de lo que estaba diciendo.

—Perdona, creí que querías que siempre estuviésemos juntos.

—Al contrario... Esto se acabó si no tomas una decisión rápida... No me gustan las medias tintas: o todo, o nada... Creo que entenderás lo que quiero decir.

—¿Eso... eso... es que me propones que me case contigo?

—Eso es... Yo no veo las cosas desde tu punto de vista... Según tú tu casamiento sería un fracaso.

—Absoluto. El matrimonio es algo más complicado de lo que parece.

—En esto estamos de acuerdo... El acto del matrimonio es, en realidad, lo más sencillo del mundo... Lo difícil es lograr que el matrimonio tenga éxito, que sea feliz.

—¡Como que es un acantilado en el que muchos se estrellan!—suspiró profundamente Julio mientras engullía lo que Marcela le iba dando.

—Y cuanto menos confianza se

tiene en él más probabilidades hay de fracasar.

—Sí, sí; uno entra confiado en que va al paraíso... y se encuentra sólo con la serpiente.

—No siempre ocurre así, Julio.

—Yo nunca lo he visto de otro modo... ¡Fíjate en nuestros amigos!

—¡La verdad es que eres romántico, Julio!—exclamó Marcela riendo.

—Pues, aunque no lo creas, lo soy.

—Pues lo disimulas muy bien.

—Soy de los que ocultan tras de una sonrisa un corazón destrozado.

—¡Pobrecillo!... Verás, lo que pasa no es que la gente espere imposibles del matrimonio... Es que no tiene fe en él... porque si realmente creyera que puede ser un paraíso en la tierra cifraría todos sus anhelos en conseguir este propósito... Pero la mayoría empieza a desilusionarse antes de llegar al matrimonio.

—Eso se llama rendirse antes de empezar la lucha... y a veces es el mejor medio para ganar la batalla.

—Sin embargo... aun hay tontos que se empeñan en probar—dijo Marcela con acento insinuante.

—¡Qué imbéciles!—rió Julio,

sin querer captar la insinuación de Marcela.

—Esta es la cuestión... y me parece que los dos estamos de acuerdo... En el matrimonio hay muchas, muchas probabilidades de fracasar... La experiencia lo demuestra... Solamente un ciego no podría verlo...

—Sí.

—¿Tengo razón?

—En todo y por todo, chiquilla.

—¿Y qué? —preguntó Marcela mirando fijamente a Julio.

—Pues... pues... pues vamos a casarnos... ¡Ya resbalé!... ¡Yo, que había jurado mil veces que nunca te pediría que te casases conmigo!...

—¿Y me lo pides ahora? —preguntó Marcela con un júbilo loco.

—Es increíble, pero te lo pido...

—Supongo que no dudarás de cuál será mi respuesta.

—No, por desgracia.

—¿Y cuál supones tú que es?

—¡Que sí, mujer, que sí!

—¡Qué gracioso!... ¡Lo has acertado! —exclamó Marcela echándose en sus brazos.

—Y se casaron.. y no fueron felices... y colorín colorado... —murmuró Julio, abrazándola fuertemente.

—Escucha lo que te digo, Julio:

nuestro matrimonio será o un sin fin de dichas y alegrías... o un infierno detestable... Tú verás lo que más te gusta.

—Yo siempre me he preguntado si en realidad existe el infierno.

—Pues en tu mano tienes ahora la ocasión de comprobar si existe o no.

—¡Ya somos novios!

—¡Oh, no, espera un momento, que aun hay algo que aclarar!... Somos un par de tontos... fracasaremos... Por fuerza será una decepción dolorosísima...

—Trágica —afirmó Julio abrazando a su novia.

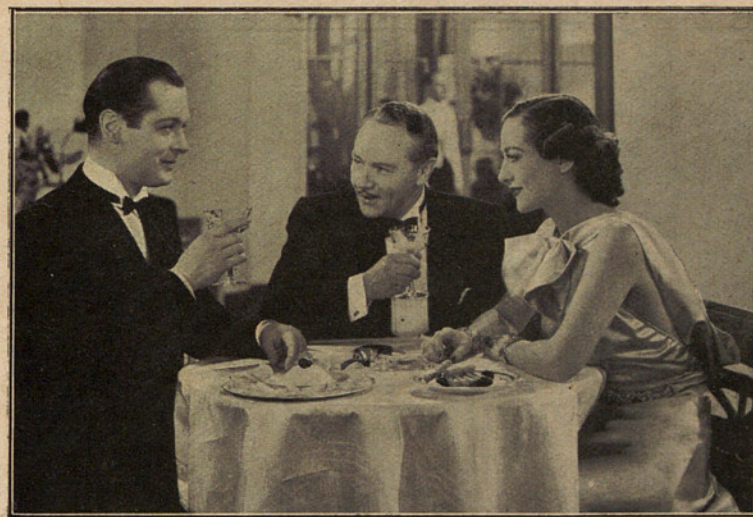
—Sin remedio... Pero te quiero, Julio.

—Escucha, nenita, te voy a prometer una cosa, una sola cosa: que jamás diré que te quiero si no es de todo corazón y con absoluta sinceridad... —murmuró Julio, tomando los labios de Marcela que estaban tan cerca suyo y que se le ofrecían sin vacilaciones.

—¡Dios santo! —exclamó la abuela entrando en la cocina y sorprendiéndolos en aquella postura. —¿Qué veo?... ¡Ten mucho cuidado con el fuego, Julio! ¡Pero al fin te has quemado!...



—¿Quién es tu pareja esta noche, Eduardo?
—¡TÚ!



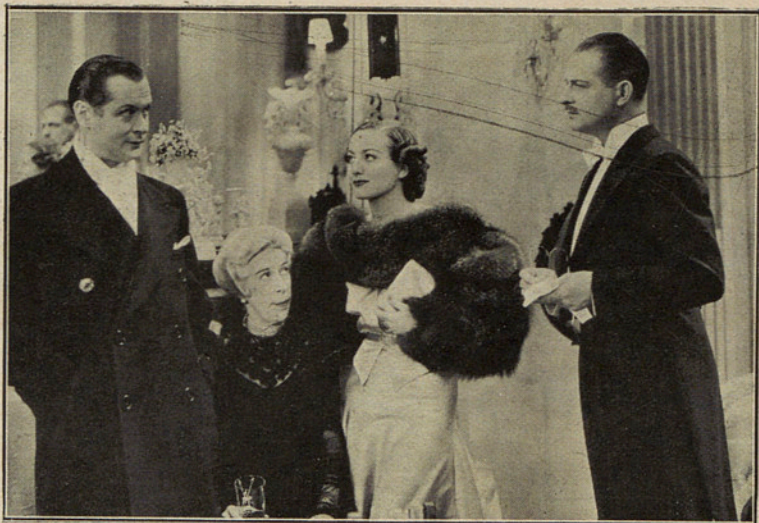
—Mira, Eduardo, lo mejor que puedes hacer es acabarte de emborrachar.



¡Qué reteguapísima le pareció a Julio, Carolina!



—Tiene gracia que te preocupes de él... y no te haya preocupado mi ausencia.



Marcela miró a Julio con ojos de burla.



—Lo difícil es lograr que el matrimonio tenga éxito.



Los primeros días de la boda fueron de embriaguez absoluta.



Teresa fué despertando en Julio pasados recuerdos.



—¿Y adónde vas a pasar tú el fin de semana?



—Si yo estuviera en tu lugar dejaría ese aire de estatua simbolizando a la mujer ultrajada.



Los ex rivales departían con una atención sospechosa.



—Y yo decir no ser tan necesario tanta alegría...



—...si tu situación empeorase... ya sabes que hay una persona que...



—Querido Salston, supongo que no pretenderás quitarme a mi esposa en mi propia casa.



—¿Te marchas?—preguntó Marcela, enfrentándose con él.



—¿No te parece mejor que yo coja al perro para que tú puedas marcharte?

* * *

Se casaron... ¿fueron felices?... Los primeros días de la boda fueron de embriaguez absoluta. Marcharon a gozar de su luna de miel y a hundirse en el olvido divino del amor. Luego recalaron en una playa de moda en donde querían exhibir su dicha entre la multitud elegante. Marcela y Julio encontraban amigos en todas partes. Su vida, dada por entero a la sociedad, les había hecho trabar conocimiento con centenares de gentes que ahora venían a turbar la intimidad de su dulce soledad. Eran felices, ¿quién podía dudarlo? Pero, ¿había tantas mujeres en el mundo, y las había tan bellas, y las había tan perversas, y las había tan dulces, y tan ingenuas, y tan niñas, y tan expertas!... Julio las encontraba a todas deliciosas. Y a Marcela le molestaba un poco aquella predilección de su marido, aunque no habían tenido —todavía— ningún altercado por cuestión de faldas. La primera fué...

Pero, aunque de una mujer se trató, no nos atreveríamos a decir que fué cuestión de faldas, porque la mujercita iba en traje de baño, tan sucinto, tan sintético, tan indiscreto, que casi no le cubría ni lo materialmente necesario.

Julio había mortificado a su mujer con mimos y caricias mientras ella hablaba con su abuelita por teléfono y Marcela le había suplicado dulcemente, para que la dejara hablar tranquila, que bajara a la terraza, pidiera una limonada para ella y la esperase allí un momento, rogándole encarecidamente que fuera bueno en los cinco minutos en que iba a perderle de vista.

Obedeció el marido solícito; pero... ¿tenía él la culpa de que las mujeres fueran tan deliciosamente bonitas y sintieran por él una especial predilección? Aun no hacía un minuto que el camarero había servido las limonadas cuando se acercó una chiquilla encantadora que se sentó con desenfado frente

a él y, comenzando a chupar en la cañita de la limonada destinada a Marcela, le preguntó:

—¿Puedo beberme esto?

—¿Iba a negarse Julio a una cosa que ya no tenía remedio? Miró a aquella muchacha bellísima con ojos deslumbrados por su hermosura, y replicó, un poco violento:

—¡Oh, sí, sí, desde luego!

—Me dijeron que estaba usted aquí y he venido a verle... ¿Cómo me llamo? —preguntó la traviesa bañista.

—¿Se ha olvidado usted de su nombre?—preguntó a su vez Julio, bromeando—. Tal vez si evocásemos entre los dos su pasado, lograríamos...

—¿Recuerda usted el baile del club universitario, hace siete años?

—¡Ya lo creo!... ¡Claro que sí!... Me acuerdo perfectamente—. La verdad era que no recordaba en absoluto a aquella mujercita—. Lo que pasa es que usted cambia mucho en maillot... resulta más atractiva, si es posible...

—Me llamo Sara French, así recordará usted más fácilmente.

—¡Sarita!... Sí, justo, justo, Sarita French, ya me acuerdo...

—¿Y de lo que me dijo mientras bailábamos, también se acuerda usted?

—Todo cuanto le dije era cier-

to...—afirmó Julio que seguía sin recordar todo lo que la niña evocaba.

—Ahora es cuando creo que todo lo que he oído decir de usted es cierto —dijo la muchacha poniéndose en pie con un aire de burla y de ofensa al mismo tiempo.

—¿Pues qué le dije a usted, Sara?

—Nada, ni una palabra —contestó Sarita riéndose.

—¡No es posible!... ¿Bailamos y no le dije a usted nada?

—Claro está que no... porque no bailamos usted y yo en toda la noche.

—¿Pues qué hicimos entonces? —preguntó Julio con el aire más bobalicón y más desconcertado.

—Absolutamente nada... porque tampoco nos conocimos.

—Sarita, le advierto a usted que la arrojo al mar si me dice que ahora es de noche y que no estamos en la playa esta mañana.

—Sin embargo, es cierto que asistí a aquel baile... Sólo que yo era una chiquilla delgaducha con ojos muy asustados...

—Pues ahora son muy picaruelos.

—No iba a tener los mismos ojos de niña bobalicona al cabo de siete años.

—Es verdad... Pero no se vaya tan pronto... ¿No querrá usted tomar conmigo algún día un cóctel?

—Tendría muchísimo gusto en ello.. pero da la casualidad que he de regresar a la capital esta tarde... Hasta el próximo baile del club universitario, querido —dijo la pícara Sarita alejándose.

Marcela había llegado hasta ellos sin que Julio se diera cuenta y, acercándose a su marido con una sonrisa un poco amarga, le dijo:

—¿Por qué arrugas la frente, amiguito?

—¿Yo?... ¿Hacía eso?... Tal vez estaba pensando en dónde te habrías metido.

—¿Es muy mona, verdad, Julio?—preguntó Marcela mostrando a Sarita que se alejaba con un paso cadencioso que hacía resaltar más la belleza de su cuerpo.

—Sí, de veras lo es.

—¿Por qué he de quererte tanto, hasta el extremo de sentir celos?... Estoy celosa, sí, Julio, muy celosa... Es una declaración sincera de debilidad... Te envidio. Tú eres fuerte y en ti los celos no pueden hacer mella... Pero no quiero torturarte con mis celos... ¿Por qué no vas mañana a tomar el cóctel con ella?

—Sencillamente, porque se mar-

cha a la ciudad—replicó Julio sinceramente.

—¡Qué lástima! —suspiró Marcela con un suspiro de alivio.

Pero aquello no fué más que el principio de una nueva era. Las mujeres atraían de modo irresistible a Julio y no podía dominar aquella atracción, aunque amaba a su mujer por encima de todas ellas. Regresaron a la ciudad terminada la temporada de baños y frecuentó los clubs nocturnos, siempre con su esposa... ¡pero había en ellos tantas tentaciones!

Marcela no le hacía escenas trágicas ni le amargaba la vida con sus celos. Se los pasaba en su interior, mientras se enmascaraba con una sonrisa de cortesía y de felicidad que desconcertaba a Julio. Gracias a aquella táctica Julio no se había atrevido a dejarla sola una noche entera ni a correr con tranquilidad hacia todas aquellas conquistas fáciles con las que apenas iniciaba flirteos sin importancia. Marcela estaba decidida a no dejarse robar a su marido. Era una mujer de temple, conocía a fondo a Julio y se conocía muy bien a sí misma. Y esperaba que el tiempo y su amor y su diplomacia acabarían conquistando definitivamente el corazón de Julio.

Aquella semana le había prome-

tido Julio ir con ella a pasar el fin de semana en la soberbia quinta que poseían en las afueras de la ciudad. Marcela iría con la abuela, a la que se habían reunido de nuevo al volver de su viaje de novios, y él se reuniría con ellas en la estación. Aquel fin de semana sería un fin de semana bello y tranquilo, con todo el calor de hogar y toda la dulce intimidad de la familia. Estarían solos y se harían la ilusión de que aquello era una nueva luna de miel.

Pero, cuando Julio iba camino de la estación, viendo que le quedaba mucho tiempo todavía, entró en un restaurante para quitarse la sed, y la suerte quiso que encontrara allí a Eduardo, a aquel primo borrachín del que no podía deshacerse nunca y que le fastidiaba en todas partes. Le extrañó a Julio que, al contrario de otras veces, Eduardo pareciera contrariado de su presencia. Le pareció que le estorbaba, que quería deshacerse de él lo más pronto posible y que estaba muy violento teniéndole ante sí. Aquello intrigó mucho a Julio, y esperó. No tardó en comprender el por qué de aquel desasosiego de Eduardo al ver llegar a él a una mujer encantadora que le tendió la mano con afecto.

—¡Oh, Eduardo, te he estado

buscando hasta ahora!... ¡Oh, pero si es míster Warren!—exclamó al ver a Julio y tendiéndole la mano con mucho más afecto que a Eduardo.

—¡Pero esto ya es demasiado!—murmuró Eduardo con enojo—. Tú... tú... no conocerás a ese mal sujeto...

—No nos habíamos hablado nunca, pero nos conocemos.

—El mundo es muy pequeño, querido primo, ¿no es cierto?

—¡Demasiado pequeño!... No te entretengas, Julio, que vas a perder el tren... Su esposa le espera en la estación, y no puede cometer la descortesía de hacer esperar a su esposa.

Todo parecía empeñado en complicarse de forma que Eduardo se quedara sin amiguita y que Julio hiciera tarde a la estación. Avisaron a Eduardo al teléfono y tuvo que atender la llamada, dejando solos a su amiguita y a Julio, aunque aquello hacía muy poca gracia al que conocía bien las artimañas del primo don Juan.

—¿Se acuerda usted de mí?—preguntó la joven mirando a Julio con coquetería cuando Eduardo se hubo alejado—. Tocaba el banjo en el cabaret... Me llamo Teresa...

—¡Ah, sí!... ¡Estaba usted maravillosa!... Yo iba todas las noches a oírla tocar...

Teresa fué despertando en Julio pasados recuerdos, hablaron de muchas cosas y pronto se dieron cuenta de que el regreso de Eduardo sería para los dos una gran contrariedad, por lo que decidieron no esperarle y marchar a otro pequeño restaurante que estaba en la esquina de la calle y donde no era fácil que Eduardo fuera a buscarles...

Eduardo se desesperó al ver que, una vez más, Julio había ganado la partida. ¿Qué iba a hacer él aquel fin de semana sin tener compañera? Como por el cerebro de Eduardo acostumbraban pasar ideas luminosas creyó que lo más oportuno era ir a la estación a reunirse con Marcela y marchar con ella al campo. Seguramente su marido no iría y así las dos señoras no tendrían que viajar solas con aquella aglomeración. Era una magnífica idea. Para realizarla sólo le faltaba ir en busca de Robert.

Con Robert, su perro, fué a la estación, donde Marcela y abuelita esperaban impacientemente. A la abuela no le gustó ver a aquel perro lleno de lanas que tenía un aire de paquidermo antediluviano, pero sonrió porque era una señora que no mostraba nunca su disgusto abiertamente.

—¿Estás seguro de que ese ani-

mal lleva el collar en su sitio?—le preguntó la abuelita cuando le vió llegar, antes de que hubiera podido saludarlas—. Con tanta lana no sabe uno nunca a qué atenerse...

—¿Y dónde vas tú a pasar tu fin de semana, Eduardo?—le preguntó Marcela.

—A tu casa.. Soy vuestro huésped de fin de semana.

—¿A nuestra casa? ¡Oh, no, no!...

—Sí, es una sorpresa que le preparo a tu marido... Tu marido creyó que podría evitar que viniera diciéndome que no debía venir... ¡Ja, ja, ja!... Pero se la he jugado... ¿Tú crees que se enfadará cuando lo sepa?

—Será un fin de semana muy aburrido, Eduardo—arguyó Marcela, que se había prometido un bello fin de semana al lado de su marido, sin más testigos que el aire y el cielo y las plantas y los árboles... Eduardo venía a romper toda la poesía de aquellos días.

La voz de "¡Viajeros al tren!" les interrumpió. Una oleada de gente se precipitó por los andenes e invadió los vagones. Marcela tuvo que resolverse a subir al tren sin esperar a su marido... Quizá se habría entretenido... Quizá... ¡Quién sabe! Marcela tenía un leve presentimiento de que a Julio le ha-

bría detenido el paso alguna mujer bonita, pero no quiso decir nada. Esperaba tener de ello la absoluta seguridad.

No tardó ella en llegar. Poco tiempo después de estar ya instalada en su magnífica quinta sonó el teléfono. Era Julio que quería hablar con Marcela. Había creído oportuno dar alguna excusa, alguna explicación para no tener que ir aquella noche a su casa y, no sabiendo qué decir, marcó el número y esperó a que su mujercita contestara.

—Soy yo, Marcela—le dijo con el tono más amable que pudo hallar—. He intentado llamarte varias veces... pero...

—¿Que intentaste comunicar conmigo? —preguntó Marcela escamada, ya que aquélla era la primera llamada telefónica que le llegaba.

—Sí... Tú no sabes lo que me ha pasado... Tropecé con Eduardo, que estaba como una cuba...

—¿Con Eduardo?... —volvió a preguntar Marcela a través del hilo, cada vez más convencida de que sus sospechas eran puras realidades.

—Sí... ya sabes cómo se pone él cuando bebe.. y me fuí con él a su casa...

—¡Ah... os marchasteis a su ca-

sa!... ¡Ya lo entiendo!... Entonces es mejor que sigas con él... aunque quieras toda la vida—dijo Marcela con rabia, colgando el auricular desesperadamente.

—¿Qué pasa, Marcela? —preguntó la abuelita que sólo había oído de la conversación las palabras que decía Marcela.

—Nada, me ha dicho que no puede venir hasta mañana por la tarde —replicó Marcela paseándose nerviosamente.

—¿Por qué causa? ¿Qué le retiene en la ciudad?

—Tiene que atender a un amigo que está borracho.

—¿Y quién es él? —preguntó Eduardo enderezando las orejas.

—¡Tú! —contestó Marcela con rabia.

—¿Pero cómo es posible, si yo estoy aquí?

—Así parece... ¡Este era el día que íbamos a pasar solos, sin más presencia que la de la abuelita... Pero ahora resulta que, como te está atendiendo a ti, no puede venir.. ¡Dios mío! ¿A quién más estará atendiendo? Ah, qué mentira tan estúpida! Si no tenía interés en venir, ¿por qué lo dijo?

—Si te lo dijo, Marcela, debes creer que es verdad—dijo Eduardo muy seriamente—. Julio ha cambiado mucho. Mira, esta misma tarde,

sin ir más lejos, pudo haberme quitado a la muchacha que iba conmigo. Pues, no, señor, no me la quitó, porque ella desapareció a tiempo.

—¿Que desapareció? Ahora voy comprendiendo. Todo el mundo creerá que soy una idiota que ni oye, ni ve, ni habla. ¡Pues no soy ninguna idiota!

—Pero te casaste con uno—murmuró la abuela sentenciosamente.

—Nadie mejor que yo sabe con quién me he casado... y hora es ya de que él también sepa con quién se ha casado.

—Me da en la nariz que esta luna de miel está ya en cuarto menguante —dijo Eduardo sirviéndose el cuarto vaso de coñac.

—Lo que debería darte en la nariz es que hace rato has debido llevar a dar un paseito a este gruñido elefante marino—gruñó la abuela con mal talante, porque quería estar a solas con Marcela para hablar con más tranquilidad.

Eduardo se dió por entendido y salió con el enorme perro que le seguía pacientemente, dejando que sus largas lanas le arrastraran por el suelo. La abuela decía que no se sabía nunca si aquel perro estaba de cara o de espaldas y en realidad era así, porque su pelo larguísimo le cubría de tal forma la cara que

parecía llevaba en ella una cortina de mechones.

Pero Marcela no tenía ganas de hablar y tras Eduardo y el perro salió ella. Aquella noche ya no volvieron a verla y, al día siguiente, no bajó al salón hasta muy tarde. Se paseó de arriba abajo en silencio, dejándose roer por la pena, pero sin que se quisiera desahogar ni con su abuela y, por fin, se asomó al gran ventanal y permaneció allí un buen rato muda y absorta.

Abuelita, que había seguido todos sus vaivenes, sin interrumpirla, le dijo por fin:

—Si yo estuviese en tu lugar dejaría ese aire de estatua simbolizando a la mujer ultrajada.

—Abuela, te equivocas... Estoy sólo mirando al perrito de Eduardo. Está arrancando todas las dalias que tú plantaste el año pasado.

—¿Qué? ¿Cómo? Acabaré matando al perro y a Eduardo.

—No te preocupes, abuela. Si yo estuviese en tu lugar, aprendería a mantenerme serena ante el desastre.

—¡Sandeces! ¿Cuándo llega Julio?—preguntó la abuela enfrentando la cuestión resueltamente.

—A media tarde... si no vuelve a encontrar a Eduardo borracho.

—¿Y has decidido ya lo que has de hacerle... digo, de decirle? Ya le dije a él que sería un tonto si se

casaba contigo... Y a ti te dije que serías más tonta aun si te casabas con él.

—¿Y por qué habíamos de ser tontos, abuela?—dijo Marcela fingiendo despreocupación—. Para nosotros era la única solución. Nos hemos divertido tanto, quizá más aun de lo que yo esperaba. Si desapareció ya de él la ilusión... tal vez sea culpa mía. No es que el matrimonio sea una equivocación, abuela... porque los casados suelen culpar al matrimonio cuando los verdaderos culpables son ellos mismos.

—Hija, con esa filosofía barata acabarás ahogándome. Estoy decidida a marcharme y a dejarte sola con ella.

—Abuela, tú que estuviste presente cuando todo esto comenzó, debes quedarte hasta el final y entonces podrás decir con razón: "Huum, ya te lo advertí yo." Abuela, eres una mujer muy original; no hay otra como tú, déjame que te dé un beso.

—¿No hay nadie por aquí? —preguntó la voz de Julio entrando despreocupadamente.

—¿Quién lo pregunta?—replicó la abuela haciéndose la desentendida.

—¡Pero, abuelita! ¿Ya no te acuerdas de mí? Soy tu pequeño Ju-

lio, tu nene mimado que ha estado ausente catorce años.

—¿Pero es de veras nuestro pequeño Julio? —preguntó Marcela a su vez haciéndose la despreocupada.

—Marcela... te quiero—murmuró Julio abrazándola tiernamente.

—¿Que me quieres, has dicho? —preguntó Marcela recordando la promesa que le hizo el día en que acordaron casarse en la cocina de su casa.

—Sí, Marcela, te quiero. Hice mal quedándome en la ciudad.

—De ningún modo... Tenías que cuidar a Eduardo.

—Esa fué la mejor excusa que encontré... pero ya sé que falló. El criado me ha dicho que llegó ayer con vosotras. Habrá que buscar otra excusa la próxima vez.

—¡Oh! ¿Es que eso volverá a ocurrir? Yo creí que estabas arrepentido después de lo que has hecho.

—¿Arrepentido? Claro que estoy arrepentido. Soy indigno de tu cariño. Debería haber venido contigo, perdóname. Pero a veces se siente uno... no sé... inquieto, desasosegado...

—Y va a buscar la calma oyendo tocar un poco el banjo a una mujer bonita.

—¡Eso te lo ha dicho Eduardo! ¡Qué buen amigo!

—No te enfades con él, Julio... Dime, ¿quién es ella?

—Teresa... Es muy conocida en todos los cabarets como tocadora de banjo. Tú la llamarías una mujer vulgar.

—Creo que si la tuviera que llamar de algún modo la llamaría una cosa peor. Dime, Julio, ¿ha habido algo entre vosotros?

—Marcela, no quiero engañarte y jamás te he mentado ni te mentaré. ¿Pero quieres que te responda a esa pregunta?

—Te lo ruego.

—Pues... sí. De todos modos te lo hubiera dicho, porque no me gusta engañarte.

—Gracias por tu sinceridad... Y seguramente te has pensado que te iba a perdonar, ¿verdad?

—No lo sé. Sólo sé que lo ocurrido no tiene importancia ni puede enturbiar nuestras relaciones... Vamos, Marcela, dejémonos de tonterías... de chiquilladas. ¿Puedo decirte otra vez que estoy sinceramente arrepentido?

—Puedes decirlo... pero yo no te creo.

—¡Oh, Marcela, dame un beso y olvidemos todo esto!—dijo Julio intentando besarla.

Pero Marcela se irguió y le dió

una solemne bofetada. En seguida, dolida de lo que acababa de hacer, se apartó de él, diciendo con sollozos en la voz:

—Perdóname.

Y Marcela corrió a encerrarse en su cuarto, se arrojó sobre la cama y sollozó desesperadamente.

Allí fué a buscarla su abuela, que algo presentía de todo lo que estaba pasando. Marcela se levantó para abrir la puerta y se secó rápidamente las lágrimas. Pero abuelita era demasiado vieja para que pudiera engañarla.

—Sigue llorando, criatura, que eso te desahogará.

—No pienso llorar —replicó Marcela con altivez.

—¡Ah... cré! Supongo que estará sinceramente arrepentido.

—Sinceramente, no, no lo está... Lo repetirá en cuanto tenga ocasión. Y lo peor es que yo ya lo sabía, lo sabía antes de casarme... Abuela, ¿cómo resolviste tú el problema matrimonial?

La abuela abrazó a la nieta y dijo con tono indiferente:

—Yo estaba enamorada de tu abuelo y me casé con él. Tuve un niño cuando fué discreto tenerlo. Y como tu abuelo murió antes de que el bebé naciera...

—Abuela, ¿fué esa la única vez que te enamoraste?

—La única que tú debes saber, señorita entrometida — replicó la abuela vivamente.

—¡Oh, abuela, abuela, dime qué debo hacer! ¡Ayúdame!—exclamó Marcela llorando desoladamente en el pecho de su abuela.

—Pobrecita, pobrecita mía, no llores. Si yo pudiera te ayudaría gustosa para sacarte de este apuro.

—Pero es inútil, abuela. Es un problema tan íntimo que sólo yo misma podría resolverlo.

—¿Por qué no lo haces? Tú ya sabías que esto tenía que suceder. Ahora debes evitar que el caso se repita, Marcela... sepárate de él.

—¡Nunca! Soy su esposa. Ya sé que esto no tiene hoy gran importancia para algunos, pero para mí, sí. Divorciarse sería sencillo, pero cobarde.

—Y aparte de eso... le quieres.

—Sí, le quiero, le quiero.

Mientras abuela y nieta sostenían este diálogo en la habitación de Marcela, abajo, en el salón, estaba Julio paseando nerviosamente con cara de muy pocos amigos, cuando entró Eduardo con su perrazo.

—¡Hola, Julio! ¿Qué te pasa?... ¿A qué viene esa cara tan seria?... ¿Has tenido quizá alguna bronca conyugal? Supongo que no estarás preocupado porque yo... estoy enfadado contigo.

—¿Tú enfadado conmigo? ¿Y por qué?

—Hombre, verás, por haberme querido birlar la novia.

—¿Qué quieres decir con esto, pedazo de idiota?—gritó Julio queriendo agredir a Eduardo.

Quiso defenderse Eduardo azuzando al chuchito contra Julio, pero llegó Marcela y tuvo que contenerse, disimulando:

—Estamos enseñando al perrito a hacer monerías. Ya verás, Marcela, qué inteligente es el animalito. Robert, dale la pata a esta señorita.

Obediente, sumiso, el perro alargó su velluda pata que Marcela acarició, riendo la gracia. No quería que su marido la viera preocupada, porque acababa de tomar una gran resolución y la sola idea de que ella iba a ponerse en práctica aquella misma tarde le daba fuerzas para sonreír en medio de su pena y de su humillación,

—¿Lo ves? ¿No te dije que era un perro muy inteligente? ¡Si es casi un ser humano! Dentro de un ratito iré a darle un poco de hígado.

—¿Por qué no le das el tuyo?—murmuró Julio exasperado.

—¡Qué bueno es Robert!—exclamó Marcela acariciando al perro—. Sí, y también Eduardo es muy bue-

no — añadió dándole un amistoso bofetón.

—¿Y Julio? ¿No es bueno Julio? ¡Es casi un ser humano!—murmuró Julio con acento mimado como si quisiera arrancar de Marcela la espina que él mismo había clavado.

—¡Ah, sí... también, también!... ¿A ver, dame la patita? ¡Oh, qué sucias! Niño, dile a mamá que te lave bien estas manos, que han de venir invitados—dijo Marcela examinando las manos de su marido.

—¿Qué dices?

—Que van a venir invitados. Se me olvidó decírtelo antes. No serán muchos. Una pequeña reunión nada más.

—Pero... pero yo creí que este fin de semana lo íbamos a pasar solos.

—Sí, también yo lo creía, pero las circunstancias lo han dispuesto de otro modo. Bajo en seguida. Voy a cambiarme de traje.

Salió Marcela y al poco rato entró el criado anunciando con gran ceremonia:

—El señor Salston.

—Que pase. ¿Qué señor Salston debe ser ese?—preguntó Julio.

—Pues es posible que sea aquel señor Salston que una vez quiso enviarte al otro mundo de un tiro, porque tú le robaste a la mujer.

En efecto, era Jaime. ¿Qué venía

a hacer a su casa? Julio le saludó muy cortés, mirándole como a un bicho raro y sin explicarse su presencia allí.

—Agradezco mucho tu espontánea invitación—dijo Jaime, dando la mano a Julio.

—¿Mi invi...? ¡Ah, sí, sí! Mi invitación — murmuró Julio que no sabía de qué se trataba.

—Por lo visto no ha habido tal invitación de tu parte.

—Verás... yo acabo de llegar de la ciudad... he estado muy ocupado...

—Sí, ya te vi en el Club Metropolitano... y ya vi que tenías mucho que hacer. Te estoy muy agradecido por tu invitación.

—Y yo muy agradecido por haberla tú aceptado—contestó Julio mordiéndose la lengua para no insultar a Jaime.

—No, mi agradecimiento hacia ti siempre será mayor. ¿Y no sabes por qué? Sencillamente, por haber sido el causante de la destrucción de mi desgraciado hogar. Cuando alguna vez me acuerdo de mi ex esposa es cuando verdaderamente me doy cuenta de lo mucho que te debo... ¿Te has enterado de que ha vuelto?

—¿Diana está otra vez aquí?—preguntó Julio con espanto.

—Ella y su ilustre esposo llega-

ron la semana pasada. ¿No tienes ningún deseo de verla?

—No, ninguno.

—¡Qué raro! Aun me acuerdo de aquellos días en que tanto tú como ella os complacíais en engañarme.

—¿Para qué remover el pasado? —dijo Julio, temiendo que aquella conversación degenerara en reyerta.

—Ya sé que tú no creíste engañarme. Tú creíste ser el caballero andante que corría a librar a la esposa bella e incomprendida de las garras del necio marido que no sabía apreciar el tesoro que tenía... Según tú, yo no era digno de ella. Ella era una flor que exhalaba su aroma en el aire del desierto—el desierto era yo—y otras cursilerías por el estilo.

—¿Y estás seguro de que eras digno de Diana? —preguntó Julio con ironía.

—No es presunción mía decir que era demasiado digno para ella y esto nadie mejor que tú para apreciarlo—replicó Jaime devolviendo ironía por ironía—. Lo que nunca he podido explicarme es por qué Diana no te llevó al altar.

—No tienes que preocuparte ahora por eso —murmuró Julio muy molesto.

—En aquella época tenías todo el aspecto del que acaba de inge-

rir un veneno. Y cuando estabas a punto de perecer, vino a salvarte ese linajudo pajarraco extranjero, ese marqués que se casó con ella. ¡Qué caro lo debe estar pagando ahora y qué imbécil debe ser ese tío!

—Tienes formado mal concepto de Diana, que posee buenas cualidades.

—¡Son tan pocas! A mí me llamaba siempre "Patito bonito". ¿Y a ti, cómo te llamaba?

—Este es un secreto que irá conmigo a la tumba—contestó Jaime con voz trágica.

En aquel momento dejóse oír una voz en el hall que decía con muchas monerías y muchos aspavientos:

—¿Verdad que es una casa muy simpática, titín monín?

Los dos ex rivales se miraron sorprendidos y creyeron que los dos habían palidecido. Era la voz de Diana. Sí, sí, era ella.

—¡Oh, Marcela, preciosa, encantadora!—dijo de nuevo la voz—. ¡Chiquillina mía, qué aspecto tan maravilloso tienes!

—Gracias, gracias —replicó la voz de Marcela—. Venid, venid, que os voy a presentar a mis amigos y a mi marido.

Entraron en el salón. Diana se detuvo un momento, miró a Jaime y corrió a él dándole un efusivo abrazo:

—¡Oh, si es mi patito bonito!— exclamó—. ¡Patito bonito, estoy tan... tan... tan contenta de verte!... Titín, te presento a Jaime Salston, mi patito bonito.

—¡Ah, ah, sí, el marido perfecto! —dijo el marqués de Moulton con un marcado acento extranjero.

—Lo dice porque siempre te estoy alabando... ¡Oh, mi patito bonito, qué alegría da volverte a abrazar!—exclamó Diana, abrazando a su ex esposo repetidas veces.

—Y yo decir no ser necesario tanta alegría—dijo Moulton un poco molesto por aquellas expansiones.

—¡Dios mío! ¿Pero qué veo?— preguntó Diana dejando los brazos de Jaime para lanzarse a los de Julio—. ¡Si es gatito riquito! ¡Mi gatito riquito... qué alegría!

—Creo que a gatito riquito... le gustaría ahora un terremoto —comentó la abuela para su coleteo al ver la cara del marido de su nieta.

—Diana, ¿conoces a la señora Townsend, mi abuela?—dijo Marcela presentándola.

—Pero no me vaya a llamar usted abuelita chiquita —exclamó la vieja con su salada gracia.

—¡Oh, qué adorable fin de semana vamos a pasar aquí! ¡Todos mis viejos amigos están reunidos!

¡Qué interesante va a ser para todos!

—Qué suerte he tenido de poder reunirlos a todos, ¿verdad? —exclamó Marcela, con muy bien fingida alegría.

—Sí que ha sido suerte, mucha suerte—afirmó Diana.

—Mucha... mucha suerte—murmuró entre dientes Jaime.

—Mucha suerte... mucha —dijo Julio apretando los puños y deseando deshacerse con ellos de todos aquellos amigos.

—Yo... paso—añadió la abuela que no quería unirse a aquel coro de alabanzas.

La abuela rondaba por los salones, muy descontenta de aquellos huéspedes que Marcela había tenido la ocurrencia de hacer venir. Le disgustaba la compañía de todos ellos. A excepción de Jaime, por el que sentía una leve simpatía, todos los demás le resultaban odiosos. Se negó a formar parte de la mesa de juego de bridge que Marcela había dispuesto y acabó retirándose a su cuarto a hacer calceta. Allí, por lo menos, no escucharía las estupideces que decía aquel marqués de Moulton al que consideraba el hombre más odioso de la creación.

Jaime, a regañadientes, se había sentado a la mesa de bridge y comenzó a jugar de pareja con su mu-

jer, mientras Julio tenía a Moulton frente a él. Pero pronto Jaime y Diana comenzaron a discutir y Jaime, molesto y aburrido, se levantó y salió a la terraza.

Marcela estaba allí, sola, soñadora, pensando quizás en el plan preconcebido que la había inducido a traer a su casa a todas aquellas gentes. Cuando vio a Jaime se acercó a él y le sonrió dulcemente:

—¿Qué tal va esa partida de bridge?

—Muy bien. Diana y yo hemos tenido ya un altercado... Y, a propósito de altercados, ¿cómo sigue el tuyo con Julio?

—¿Es que él te ha dicho algo? —preguntó Marcela ofendida.

—No... yo soy tu amigo, no suyo. ¿Qué le pasa? ¿Es que ya empieza a volar del nido? Perdona, ya sé que este asunto no me importa...

—Pero no te sorprendería que eso fuera cierto, ¿eh?

—Si lo fuera, Marcela, me gustaría romperle la cara de un puñetazo.

—¿Por qué?

—Porque... porque siempre te he profesado un gran afecto, Marcela —dijo Jaime acercándose a ella muy insinuante.

—Afecto al cual siempre he co-

rrespondido a pesar de la animadversión que sientes contra Julio.

—En una ocasión me hizo una mala pasada... pero si se ha figurado que ahora podrá hacerla contigo...

—Yo no he dicho nada de eso —replicó Marcela defendiéndose con orgullo—. Y aun en el caso de que así fuese, ¿es que tendría algo de particular?... Conozco sus debilidades. Antes de casarme con él, sabía ya de qué defecto adolecía... y a pesar de todo me casé con él. Si me hubiera casado con un borracho no me habría quejado la primera vez que lo hubiera visto caer en el hall, sino que le hubiera acostado y trataría de olvidar su falta.

—Pero tú no puedes consentir que un hombre te humille de esa forma.

—Descuida, que si esa es su intención no lo consentiré.

—Bien, lo que yo quiero decirte es que si tu situación empeorase, ya sabes que hay una persona que... Ya tú me entiendes, ¿verdad?

—Je, je, je—tosió Julio que había llegado hasta donde ellos estaban sin que se hubieran dado cuenta de su presencia—. Siento interrumpir vuestro dulce coloquio, pero no sé si os acordaréis que hay una partida de bridge empezada...

—Pues es verdad... ¿Y cómo ha

salido? —preguntó Jaime tranquilamente.

—No sé... Y aquí, ¿cómo ha salido?

—He fallado una partida en corazonas... y yo he ganado —replicó Jaime.

—Querido Salston, supongo que no pretenderás quitarme a mi esposa en mi propia casa.

—Nada me complacería tanto como poder hacerlo, mi querido Warren —contestó Jaime con la más perfecta cortesía.

—¿Esperaba la señora algún otro invitado? —preguntó el mayordomo acercándose a Marcela.

—¡Ah, sí, ahora recuerdo! Voy a recibir a mi nuevo huésped. Perdonad un momento.

Salió Marcela al hall y se encontró con una joven que le era desconocida, pero de la que había oído hablar mucho. Venía con un instrumento de música metido en su estuche que tenía la forma perfecta del banjo.

—¿Es usted la señorita Germain?

—Sí, Teresa Germain. ¿Y usted la señora Townsend?

—No, soy su nieta, pero da lo mismo. Abuelita había proyectado una gran reunión, pero si usted no tiene inconveniente en tocar para unos cuantos...

—¡Oh, no, encantada de poder complacerles!

Marcela introdujo a Teresa en el salón y la fué presentando a sus invitados; cuando estuvo frente a Julio, con particular empeño dijo:

—Mi marido, míster Warren.

—¡Oh! ¿Cómo está usted?—dijo Teresa agradablemente sorprendida de encontrar tan pronto a su flirt de la noche anterior.

—¿Se conocían ustedes? —preguntó Marcela fingiendo ignorancia.

—Sí, sí... la señorita Germain y yo somos viejos amigos.

—¡Qué bien! La casa está llena de viejos amigos... ¿No estás contento? ¿Has terminado ya tu juego?

—No... no... No sé por qué, pero me parece que hemos empezado ahora el tuyo—murmuró Julio mirando con recelo a su mujer.

La fiesta prometía ser lucida. Se sirvió un espléndido banquete en el cual se repartieron con profusión vinos y licores de todas marcas. Eduardo estaba en su apogeo. Había bebido más aquella noche que en todo el resto de su vida, o por lo menos él lo creía así. Todos estaban alegres en demasía. La única que conservaba su absoluta serenidad era Marcela que tenía bien trazado su plan y no quería que nin-

guno de sus puntos pudiera fallarle.

También estaba sereno, demasiado sereno, Julio que, escamado por todo lo que sucedía, temía que su mujer se le escapara de entre los dedos. Y eso sí que él no lo hubiera consentido. Por eso procuró alejar cuanto pudo a Jaime de Marcela, le llevó al invernadero, al criadero de magnolias, a todos los rincones del jardín para mostrarle hasta las flores más insignificantes y vulgares. Lo que Julio quería era que Jaime no estuviera en el salón con Marcela y no pudiera bailar con ella ni abrumarla con cumplidos.

Después de la cena, de las bebidas, del baile y de todas las diversiones que creyeron mejor para distraerse en la fiesta, se les ocurrió jugar a las charadas. Era un juego muy distraído. Una pareja se escondía en uno de los salones, separado de otro por las cortinas que caían tras de ellos. La pareja inventaba una palabra que tenían que representar plásticamente y los demás invitados tenían que adivinar la palabra. Era muy divertido... sobre todo para la pareja que se escondía detrás de la cortina.

Había tocado el turno a Eduardo y a una muchacha muy bonita y terriblemente coqueta para repro-

ducir la charada. Eduardo, que estaba con una fecundidad de imaginación terrible a consecuencia del alcohol que había ingerido, díjole unas palabras al oído de la muchacha, se abrazaron fuertemente y se besaron los labios con pasión.

—¿Así es cómo se comportan los caballeros? — preguntó la abuelita que había bajado a los salones para ver cómo discurría la fiesta y que se encontraba con aquella muestra más que expresiva para hacerle ver la calidad de la misma.

—¡Oh, usted perdone, señora Townsend! — exclamó Eduardo separándose un poco de su compañera—. Estamos haciendo una charada.

—¿Charada? ¡Charranada que rrás decir!

—No, no, es una charada. Los que están ahí fuera, cuando se separan las cortinas tienen que adivinar qué representamos. Esta vez es el nombre de un lugar geográfico... y esto es una de sus sílabas. ¿Quiere hacer el favor de descorrer la cortina?

La señora Townsend hizo aquel favor... porque no quería que aquellos sinvergonzones se estuvieran besando de escondidas. Era más honesto que se besaran en público, si querían hacerlo. Los invitados lanzaron gritos de júbilo al ver a la

pareja fuertemente abrazada y besándose en los labios. Eduardo les dijo que se trataba de un lugar geográfico y salieron de varias bocas otros tantos nombres de lugares adecuados a la escenita.

—¡Tierra de fuego!—gritó uno.

—¡El Vesubio!—dijo otro.

—Agua Caliente—añadió un tercero.

—Cienfuegos—dijo una muchacha un poco atrevida.

—¡No acertáis, no acertáis! — exclamó Eduardo.

—¡Ya lo sé! — dijo de pronto una muchachita rubia y angelical que parecía no podía contener ni el menor rastro de malicia—. ¡Bes... arabia!

—¡Lo has acertado!

—Bueno, vamos a hacer otra charada para que la abuela se entere bien de lo que son.

—¡No, basta!—dijo ofendida la señora Townsend—. ¿Dónde está Julio?

—No sé por qué me viene a mí con esas preguntas. Debe de estar por ahí—replicó Eduardo molesto de que vinieran a interrumpirle su diversión.

La señora Townsend entró en el otro salón en donde escuchó los sonidos del banjo. Teresa cantaba mientras se acompañaba del instrumento, pero a la abuelita le llamó la

atención el que Teresa estuviera tan alta, sentada en el sofá y que la mano que rasgueaba las cuerdas del banjo no fuera del mismo tamaño ni del mismo calibre de la que marcaba las notas a lo largo de ellas. Se acercó más y entonces vió que Teresa estaba sentada sobre las rodillas de Moulton y que era la mano de éste la que rasgueaba las cuerdas de la guitarra.

—Esto ser delicioso... estupendo, maravilloso — dijo Moulton, mirando a la señora Townsend.

—Supongo que... también es una charada. ¿Dónde está Julio?

—No he visto al señor Warren en toda la noche—contestó Teresa, —he estado demasiado entretenida con el negociado de relaciones extranjeras — añadió abrazándose a Moulton.

Abuelita se alejó de allí molesta por aquella sociedad. Cada vez se explicaba menos el por qué a su nieta se le había ocurrido reunir a aquella gente en su casa. Era una muchacha decente y aquello la rebajaba. ¿Dónde se habría metido? ¿Dónde estaba Julio? La abuelita fué al salón donde todavía se bailaba. Allí estaba Marcela bailando con Jaime. Allí vió como Julio le quitaba de los brazos la pareja y se ponía a bailar con su mujer. Allí vió como Jaime volvía a coger a

Marcela y como ésta se dejaba estrechar demasiado efusivamente por el galán. ¡Y aquello estaba segura de que no era una charada!

Procuró hablar con Julio, pero Julio se le escabullía de entre las manos. Aquello era una verdadera locura. Si seguía mucho rato acabaría volviéndose loca la pobre abuelita.

Marchó a otro salón, el de juego, y se sentó en un sofá tranquilamente, viendo como todos, o casi todos, caminaban por el pavimento como si estuviera erizado de escollos y los fueran sorteando.

Poco rato después entró Julio que se quedó junto a una de las mesas de juego. Casi en seguida entró Jaime y fué de un lado a otro como si buscara alguna cosa. Julio observó a Jaime y la abuela les observó a los dos.

—¿Has perdido algo, viejo amigo?—le preguntó Julio a Jaime con una empalagosa cortesía.

—Yo no, viejo, ¿y tú?

—No... ya ves que yo no ando buscando nada.

—Pues yo sí... ando buscando el bolso de Marcela, porque nos vamos a dar un paseo en auto. Pero no encuentro el bolso... y Marcela está segura de haberlo dejado en este salón.

—Tú no sales con Marcela esta

noche—dijo Julio en tono amenazador.

—¡Ahf!... ¿Conque no salgo esta noche con Marcela, eh?

—Claro que no sales con Marcela esta noche... y no sé por qué te ríes.... porque no tiene nada de gracioso.

—Pues es graciosísimo.

—No mucho.

—¿No?

—No.

—Bueno, vamos a ver, mi querido Julio; tú que ves mucho mejor que yo el sentido humorístico de las cosas, dime: ¿qué es lo que no te hace a ti gracia?

—Una de las cosas que no me hace ninguna gracia eres tú.

—¡Ya!... Pues en cambio tú a mí sí que me la haces... Tanta o quizá más que la que yo hacía a otros cuando me hallaba en tu caso —dijo Jaime recalcando mucho sus palabras.

—¿En mi caso?... ¿Qué quieres decir con "mi caso"? —preguntó Julio recogiendo bien el sentido de las palabras de Jaime.

—No quiero decir más de lo que quiere decir...

—No te pongas enigmático... porque no creo que haya razón alguna que pueda impedirme que te rompa las narices.

—No, ni veo razón alguna que

te prive de ese gusto... ¡Ah, mira, ya encontré el bolso de Marcela!... Cuando yo me hallaba en el caso en que tú te hallas ahora, tuve intención de matarte... Hasta recuerdo que llegué a comprarme un revólver... ¿Verdad que es gracioso?

—¡Muy divertido!—replicó Julio con cara de funeraria.

—Lástima que no lo conserve, porque te lo podría dejar en esta ocasión... Pero la verdad, chico, no me puedo acordar de lo que hice con el revólver... ¡Calla, ahora caigo... lo vendí... y perdí cincuenta centavos en la transacción...!

—¡Eso sí que fué una lástima!... No quiero tener deudas contigo. Toma, aquí están los cincuenta centavos...—dijo Julio, entregando con mucha formalidad el dinero a Jaime.

—Gracias —replicó éste, guardándolo en su bolsillo—. Yo no hubiese hecho mención de este asunto a no ser...

—Nada, hombre, nada... no te preocupes... ¿No tuviste ningún otro gasto por culpa mía?

—No, creo que eso fué todo.

—Entonces nuestra cuenta está saldada—dijo Julio queriendo terminar pronto con aquel hombre.

—¿Tú crees?... —preguntó con acerbía ironía Jaime.

—Lo que creo es que no será

una idea descabellada que regreses a la ciudad... prontito, ahora mismo...

—¡Oh, gracias del consejo!... Pero da la casualidad de que soy huésped de Marcela.

—Sí, pero ésta es mi casa.

—Sí... ¿eh?... Pues entonces, como arquitecto que soy, tengo que decirte algo sobre tu casa... Si no andas con gran cuidado estás expuesto a que se te derrumbe y te pille debajo.

—No eres muy buen arquitecto...

—Tengo la misma opinión de ti como esposo.

Aquella conversación que tenía todos los caracteres de grave y que podía degenerar en una disputa irremediable, tuvo término al aparecer Teresa Germaine que se despedía ya de aquella casa en donde había pasado tan agradable noche. Teresa saludó a los dos hombres, les dijo algunas frases de cumplido, intervino, sin saberlo ella, en la suspensión de las hostilidades, y se marchó con paso no muy seguro porque a ella también el alcohol la hacía caminar dando ligeros tropezones.

A poco de desaparecer ella, entró Marcela. Se había cansado de aguardar a Jaime en el jardín y venía a buscarlo. Iba a dar una dura lección a su señor marido.

—Jaime, te espero—dijo, sin hacer caso de Julio—. ¿Has encontrado mi bolso?

—Sí, querida, vámonos — dijo Jaime, entregándole el bolso y ofreciéndole el brazo.

Julio se interpuso entre ellos y la puerta. Si su mujer estaba decidida a cometer una locura él estaba dispuesto a evitarla. Con voz grave le preguntó:

—Marcela, ¿puedo saber a qué viene esto?... Porque si se trata de una charada y hay que adivinar alguna palabra... yo sé cuál es la más adecuada para éste—dijo señalando a Jaime.

—Gracias, viejo amigo—replicó Jaime saludando galantemente.

—¿Pero no tendrás duda sobre la que me corresponde a mí?—preguntó Marcela desafiando la mirada de su marido.

—Todavía... no se me ha ocurrido ninguna.

—¿Todavía?... ¡Ya se te ocurrirá al irnos Jaime y yo!

—¡Pero dime qué te propones, Marcela!—imploró Julio desesperado—. ¿Vengarte de mí? ¿Castigarme por mis pecados?... Er... ¿te molestamos, Jaime? — añadió mirando significativamente a su rival.

—Nada de eso, mi viejo amigo... En todo caso somos nosotros los que

te molestamos a ti—replicó Jaime sin soltar el brazo de Marcela.

—Si así fuera te lo hubiera dicho.

—Bueno, bueno, bueno... ¿qué hacéis aquí tan aburridos? — interrumpió Eduardo llegando hasta ellos completamente bebido—. ¿Cómo va eso, pandilla? ¿No te parece, Marcela, que podrías hacer otra charada con Jaime?

—Lo siento, Eduardo, pero Jaime y yo vamos a pasear en auto.

—No tendrás inconveniente, ¿verdad, Eduardo? — preguntó Jaime con intención.

—¿Yo?... ¡Oh, no, no, ninguno!

—Jaime regresa ahora mismo a su casa—afirmó Julio.

—¿Regresas a tu casa?... ¿Tienes que marcharte?... ¡Oh, tanto que nos divertimos aquí!—suspiró Eduardo cómicamente, sin darse cuenta de la gravedad de la situación.

—No regreso a mi casa... Pero tal vez sí... depende de las circunstancias... Esperaré para resolver...

—Jaime y yo no teníamos ninguna intención de que el paseo se prolongase hasta su casa — interrumpió Marcela mirando a Julio —pero si tanto insistes...

—En mi vida he sentido tantas ganas de darte una paliza como ahora—dijo Julio viendo que Jaime

y Eduardo se habían alejado dejándoles solos.

—¿Y por qué no lo haces?—le preguntó Marcela desafiándole.

—Porque... desgraciadamente... no pego a las mujeres.

—¡Oh, no!... Pero las haces sufrir en otras formas... Ahora que yo..., "*mi gatito riquito*", no tengo interés en sufrir... ¿Te enteras? Tal vez haya mujeres que lo tengan, pero yo no estoy dispuesta a ser de esas...

—¿Qué te propones, Marcela? Te lo he preguntado ya cien veces en un minuto.

—Ir en el coche a pasear con Jaime... Ya ves que es una cosa sencilla e inofensiva...

—Si tú sales de esta casa con Jaime, no volverás a ella—gritó Julio exasperado por la sangre fría de su mujer.

—Si salgo de aquí, sola o acompañada, no tengo intención de regresar, si no es imponiendo mis condiciones.

—¿Tus condiciones? ¿Qué condiciones?

—Como no creo que pienses portarte mejor de lo que te has portado hasta ahora, a pesar de que has dicho que estabas arrepentido... y ya que seguramente va a ser esta la vida de casados que llevaremos en adelante, estoy dispuesta a diver-

tirme a mi manera todo cuanto pueda... No voy a encerrarme en casa a llorar tu desamor ni tus traiciones.

—¡Qué asco!... ¡Yo no te he traicionado!... Siempre pensáis así las mujeres.

—¡Oh...! Yo preguntar a ustedes. ¿Ustedes han visto a aquel angelito tocaba bajo?... ¡Oooooh!... Yo ruego sus perdones... ¿Ustedes querrellarse?... Seguir adelante...—dijo el marqués de Moulton que buscaba a Teresa por todas partes y que se había tropezado con el *feliz* matrimonio que estaba discutiendo acaloradamente.

—Ya hemos terminado—dijo Julio con un mal humor insoportable.

—¿Ser usted seguro?... Espléndido... Entonces venir y juntarse a la partida. Ser maravillosa partida; maravillosas muchachas; maravilloso país el suyo...

—¡Por fin os encuentro!...—exclamó la abuela viendo entrar a Marcela con Julio y Moulton—. Os estaba buscando porque Eduardo me ha dicho que iba a ser preciso llamar a una ambulancia si os dejábamos solos...

—No será para mí, porque nunca me he sentido mejor que ahora.

—Bien... me alegro... — replicó la abuela a la que no habían convencido las palabras de su nieta—.

Así podré marcharme a dormir tranquilamente.

—No irse a dormir, dulcita... la noche ser joven—suplicó Moulton, que se estaba divirtiendo horrores y que no quería se diese por terminada la fiesta—. Yo sugiero nosotros jugar a las charadas... es un juego que se juega mucho en mi país.

—No, no, vamos a dormir, que eso es completamente internacional—contestó la abuela con su aire despreocupado; y luego, dirigiéndose a Julio, añadió: —Y no dejes abierta la jaula...

—No la entiendo—murmuró Julio.

—Es un cuento de uno que tenía una paloma de mucho valor...

—¡Ah, gracias, ya recuerdo!

La abuelita inició el desfile, pero los invitados no tenían ganas de marcharse. Sólo Jaime, que no sabía qué conversación habían tenido los dos esposos ni si habían llegado a reconciliarse, creyó oportuno desfilar y se acercó a ellos para despedirse:

—Aunque siento mucho tener que abandonar este grupo feliz, creo que debo...

—No, Jaime, espera un momento—interrumpió Marcela—. Se me ocurre una idea magnífica para una charada... Espérate, abuelita, a ver

si tú también la adivinas... Jaime, te necesito precisamente a ti para hacerla... ¿Quieres?

—Con mucho gusto.

—Vamos, ustedes todos pasen a esa habitación y dejen caer las cortinas... No vale mirar hasta que avisemos.

Marcela les empujó a todos, dejó caer las cortinas, cogió del brazo a Jaime y, sin hacer el menor ruido, tomaron los dos la puerta del jardín y desaparecieron en la noche.

Julio estaba impaciente, mientras los invitados comentaban qué podría ser aquella charada que Marcela había inventado. Se retrasaban mucho los personajes en la preparación de la escena y aquello impacientaba más todavía al pobre Julio que tenía toda clase de malos presentimientos. Por fin, viendo que no daban señales de vida, dijo, acercándose mucho a las cortinas:

—¡No hacer esperar tanto, que nos cansamos!... ¡Date prisa, Marcela, que estamos impacientes!...

Nadie contestó a sus palabras. Julio sintió algo en el corazón que no supo definir muy bien, pero que le hizo muchísimo daño. Decidióse a abrir las cortinas y hubo una general exclamación de desencanto.

—¡Ooooooh!... Eso sí ser una

verdadera charada —dijo Moulton con su cara de bobalicón—. ¿Cuál será la solución?... ¡La niña desaparecida!

—Yo diría mejor que se trata de la caída de la Bastilla... —agregó Eduardo mirando con ojos atónitos el salón vacío.

—Se ha ido... no hay duda... ¡Se ha ido! —murmuró Julio sin encontrar frase más elocuente para comentar la fuga de su mujer.

—¿No ves?... ¡Ahora ya es tarde para cerrar la jaula, Julio! —le dijo la abuela, mirándole con mirada reprochadora.

* * *

La abuela hizo cuanto pudo para disimular la fuga de Marcela. Pero Marcela no llegó en toda la noche y en vano la señora Townsend se esforzó en hablar por teléfono con fingida serenidad—sabía bien que la curiosidad de los criados era muy grande y que la estarían escuchando desde todos los supletorios de la casa—para demostrar que su nieta había vuelto, con los que se apresuraban a preguntar por la niña, conocedores ya del rumor que había crecido rápidamente, extendido por los invitados que habían asistido a la fiesta:

—No hay ni una brizna de verdad en ese rumor... ¿Cómo?...

¡Claro que han vuelto Marcela y Jaime!... ¿Qué?... Sí, Marcela está ahora durmiendo tranquilamente en su habitación... ¡Pero no se puede dar crédito a todo lo que se oye decir! Lo que Marcela y Jaime hicieron... fué... dar una pequeña broma a Julio... Eso es todo... ¿A qué hora volvieron?... Pues... no sé... yo estaba durmiendo entonces... Gracias, gracias por su interés... ¡Adiós, idiota!—añadió, colgando el aparato con furia.

—Gracias —dijo humildemente Eduardo, que entraba en el salón a tiempo de creer que aquellas últimas palabras iban dirigidas a él.

—Dime, ¿qué está haciendo aho-

ra el *marido ultrajado*? -- le preguntó la abuela.

—¿El?... Su equipaje.

—Pero no dejes que se vaya... ¡Julio no puede moverse de aquí hasta que vuelva Marcela!

—Sí... ¿pero y si no vuelve? Esta es la cuestión.

—¡Ah... si yo lograra encontrarlos!... ¡Si al menos ella telefonease!... ¡Qué chiquilla más imperdonable!... ¿Por qué no convences a Julio?

—Cualquiera le convence. Está muy enfadado. No ha dormido en toda la noche.

—Ni nadie ha dormido hoy en esta casa — replicó la abuela impacientándose ante la flema de Eduardo—. ¡Haz algo, aconseja algo, di algo!...

—¿Yo?... ¡Espere, ya lo tengo! ¡Vamos a tomar un trago!... Si no bebo no puedo pensar.

—Bueno, bebe... ¿Y ahora, qué?

—Pues... pues... algo debe hacerse...

—¡Oh, qué idiota eres, mi querido Eduardo!... Bébetelo toda la botella, a ver si se te ocurre algo mejor... Julio... ¿te marchas? — preguntó al ver aparecer a Julio con la maleta en la mano—. Vas a cometer una equivocación de la que te puedes arrepentir. Eres un necio testa-

rudo... Tú sabes que Marcela volverá.

—¿Está usted segura de ello... o lo supone? — preguntó Julio deteniéndose y mirando a la abuela con una mirada casi trágica.

—¡Claro que volverá!... Pero... si acabo de hablar con ella por teléfono... Si no están ya aquí es... es porque han tenido un accidente.

—No habrá sido nada serio, ¿eh?

—dijo Julio con un tonillo burlón que molestó a la abuela.

—¡Oh, no, no, ha sido solamente que... que se les ha salido una rueda!—dijo Eduardo, queriendo ayudar a mentir a la señora Townsend—. ¡Ya sabes tú cómo son las ruedas!...

—Sí... ¿Y ha salido ileso el acompañante?

—No, no... se ha roto el brazo por tres partes...

—¡Qué lástima!

—Oye, Julio, Marcela me ha expresado su deseo de verte... No puedes marcharte hasta que ella vuelva.

—Reconozco su buena intención, abuelita, al tratar de hacerme creer que Marcela ha telefonado esta mañana, pero el teléfono suena en mi cuarto y he escuchado todas las conversaciones que por él se han tenido.

—¡Ah!... Entonces también habrás oído lo que todo el mundo di-

ce; que tú y Marcela os divorciáis.

—¿Y qué me importa que lo digan?... ¡Aunque fuera verdad!...

En aquel momento llegaron Marcela y Jaime. Entró la muchacha tan feliz y contenta, como si nada hubiera pasado. Les miró a todos y exclamó con naturalidad:

—¡Hola, muy buenos días!

—¡Gracias a Dios! — exclamó la abuela dando un suspiro de alivio.

—Bienvenido a esta casa... Jaime — dijo Julio con una mordaz ironía—. Anoche tuvimos aquí una fiestecilla muy agradable...

—Sí... eso me ha dicho Marcela—replicó Jaime sin inmutarse por aquel tono.

—Moulton, después que os fuisteis, estuvo muy gracioso. Se emborrachó y se puso a bailar solo.

—Me hubiese gustado mucho verlo.

—Fué estupendo... ¿Quiere llevar esto al coche? — dijo Julio al criado, mostrándole las maletas.

—¿Te marchas?—preguntó Marcela a Julio, enfrentándose con él y obligándole a que hablara aunque él se había propuesto no dirigirle la palabra.

—Sí, ya ves... Da mis excusas a los Moulton, que aun están durmiendo.

—¿Qué quieres que les diga?

—Cualquier cosa... Busca un

pretexto cualquiera... Los negocios... que mi tía está enferma... o que mi esposa ha olvidado sus deberes...

—Lamento... lo ocurrido a tu tía...—replicó Marcela.

—Marcela, dime la verdad... Dime la verdad...—suplicó Julio cogiéndola por los brazos.

—¿Por qué he de decírtela?

—Recuerda que yo te la dije.

—¿Y no estás arrepentido de habérmela dicho?

—No... ¿Pero a qué vienen esas preguntas?... ¿Es que necesitas otra charada para conocer mis respuestas y el fin de todo esto? — dijo Julio, marchándose decididamente hacia el coche.

Marcela le siguió. Julio dió marcha al motor y quiso arrancar, pero Robert, el perrazo enorme de Eduardo, estaba tendido en mitad del camino y no se movía. Tuvo que parar, abrir la portezuela y coger al animal para separarlo a un lado. Mientras iba a subir de nuevo al coche, Robert, con su cachaza, volvió a colocarse en medio del camino.

—¡Vamos, Robert, lárgate de aquí!—gritó exasperado.

Se adelantó entonces Marcela, tomó al perro y dijo tranquila en apariencia:

—Deja, yo le cogeré...

—No... No es necesario que te molestes...

—Así es mejor... y así tú puedes marcharte, ya que ese es tu deseo. ¿No crees que es mejor que lo coja yo... para que tú puedas marcharte?

—Pero... después de lo ocurrido, ¿pensaste que yo podría perdonaros? ¿Creías que me iba a quedar aquí?

—Yo no he vuelto para nada de eso, Julio.

—¡No me interesa saber por lo que has vuelto!... ¡Ojalá no hubieras vuelto nunca más!

—¡Ojalá puedas mantener siempre esa entereza y esa confianza en ti mismo que ahora tienes, Julio!—dijo Marcela con la voz profundamente seria y en los ojos un brillo de lágrimas—. Y que jamás te dejes arrastrar por algo que es más fuerte que la propia voluntad, algo superior a nuestro orgullo y a nuestros proyectos...

—Tú que tienes hecho el proyecto de vivir tu propia vida, ponlo en práctica... no te detengas... no quiero ser yo el estorbo que te impida realizarlo...

—Julio, ese proyecto al cual te refieres... ha fracasado... ¿Y sabes quién lo ha hecho fracasar? Tú, tú mismo, sí... ¡Qué ironía tan grande, y qué injusticia!...

—Lo que dices no tiene ningún sentido —replicó Julio, encastillado en su altivez.

—¡Claro que no tiene ningún sentido!... Y esto es precisamente lo que me desespera... Yo quisiera poder coger este cariño que te tengo y tacharlo como se puede tachar una palabra mal escrita, quisiera poder hacerlo desaparecer o regalarlo a otra que estuviese necesitada de él... ¡Pero es inútil!... Hoy sé que no me lo puedo arrancar del corazón... Esta es la verdad, Julio Warren... desgraciadamente... ¡Tan verdad como que seguiré queriéndote toda la vida!... Ahora ya puedes pedir el divorcio...

Marcela escapó corriendo, entró en la casa y, sin decir nada a los que estaban reunidos en el hall en espera de los acontecimientos, subió rápidamente las escaleras y fué a encerrarse en su habitación... pero dejó la puerta entreabierta... Era la última rendija que dejaba abierta a la esperanza...

La abuela, Eduardo y Jaime se miraron extrañados y pusieron el oído atento para tratar de averiguar si el automóvil de Julio partía... o si se quedaba. En esta postura de expectación estaban cuando llegó Moulton, con su cara de idiota y sus palabras estúpidas, y les preguntó con gran interés:

—Yo digo querer saber qué cosas querer decir... “Mambrú se fué a la guerra”...

—Quiere decir... ¡Que se ha acabado la paz!—murmuró la abuela, viendo entrar de nuevo a Julio.

No se había marchado. Aquello era una inequívoca muestra de que las querellas matrimoniales no habían tenido fin. Si ahora se reconciliaban volverían pronto a pelearse... Así pensaba la abuela, pero se guardó mucho de expresar su idea.

Julio miró en todas direcciones, buscando a la Marcela, y la abuela, muy seriamente, le mostró la escalera y le dijo:

—¡Arriba!...

—¡Arriba! —añadió Eduardo cuando los ojos de Julio se cruzaron con los suyos.

Subió Julio dos peldaños y se enfrentó con Jaime que le miró inquieto y le dijo, con una sonrisa de simpatía:

—¡Arriba!...

—¡Ooooooh!... ¿Qué quiere decir esto?—preguntó Moulton al ver las expresiones y al escuchar aquella palabra repetida por tres veces.

—Es un nuevo juego que hemos inventado y que se llama “Arriba”—explicó Eduardo, con una burla que escapó a Moulton.

—¡Yo querer jugar!... ¡Yo querer jugar a ese juego!... ¡Yo quiere

quedarse!...—dijo Moulton con una alegría completamente infantil.

—Lo siento mucho, amigo mío... pero el que se queda es él—añadió Jaime, señalando la dirección por la que había desaparecido Julio, y tomando su sombrero, saludó a los presentes y se fué, dejando el campo libre a su rival.

Julio había subido las escaleras con la velocidad del rayo, se detuvo un momento ante la puerta del cuarto de su esposa, empujó suavemente, y viendo que cedía—¡magnífica señal de perdón!—entró.

—¿Qué hay?—preguntó Marcela que estaba de pie, secándose las lágrimas.

—Soy yo... Marcela...

—Ya lo veo... ¿Pero qué quieres?

—Quiero... que...

La voz de Julio temblaba y sus ojos no se atrevían a fijarse en los de Marcela. Marcela tenía ansia de abrirle sus brazos, de estrecharle la cabeza sobre su corazón y de perdonarle sin que él le pidiera perdón; pero quería esperar hasta el final; quería que su triunfo fuera absoluto. No se había jugado en vano a una sola carta su felicidad matrimonial.

—Di, no te detengas, ¿qué es lo que quieres?

—Quiero decirte que... que... que vengo dispuesto a perdonarte y...

Rompió Julio en un sollozo de niño al que se ha castigado duramente y que quiere encontrar el consuelo de las caricias maternas que teme haber perdido para siempre y hundió su frente en el pecho de Marcela, que sintió en aquel momento la más honda emoción de toda su vida.

—¡Oh, pobre, pobrecito mío!— exclamó abrazándole y prodigándole aquellas caricias de las que Julio estaba tan ansioso—. No llores, no llores, pobrecito mío... No volverás a ser malo nunca más, ¿verdad?... No llores, no llores, nene...

—¡Marcela, Marcela!— sollozó Julio sin poder pronunciar apenas el nombre querido.

—Vamos, vamos, no llores más... querido...

—Dime... qué fué... lo que pasó anoche...—dijo Julio sin levantar la cara y mojando con sus lágrimas ardientes el hombro de Marcela.

—¿De veras quieres que te diga lo que pasó anoche?... ¿De veras?... ¿No te fías de mí?—preguntó Marcela al oído de Julio, mimándole con la voz, con los ojos, con las manos y con los labios.

—¡Claro, claró que me fio de ti! —murmuró él con una vocecita de niño mimado que cede a un capricho en contra del suyo sólo por el placer de sentirse todavía más acariciado y más mimado.

—¡Ah!...—suspiró Marcela, besándole con ternura apasionada en el pelo y en la frente.

Y entonces Julio levantó la cabeza, la recostó con gesto de gatito en el hombro de su mujer, le besó el cuello cálido y sedoso y, alzando los ojos a ella, le preguntó con un delicioso mohín:

—Pero... dime... ¿qué fué lo que pasó anoche?...

Rió Marcela en medio de sus lágrimas, se acercó mucho al oído de su marido y así, sin que ni el aire le pudiera sorprender su secreto, le contó algo que debió devolver la felicidad al marido, porque sus ojos se iluminaron con una luz de dicha, sonrieron sus labios, todo su rostro reflejó la más completa felicidad, y, abrazando a su mujer, riéndose los dos como dos chiquillos dichosos, se dejaron caer sobre la cama y se perdieron en la infinita dulzura de una reconciliación que había de ser eterna.

FIN

COLECCION USTED

Los lujosos libros de las Ediciones Especiales de

La Novela Semanal Cinematográfica

LIBROS PUBLICADOS:

- | | | | |
|---------------------------|----------------------------|---------------------------|----------------------------|
| La viuda alegre. | Virgenes modernas. | Mar de fondo. | La zarpa del jaguar. |
| El gran desfile. | El pagano de Tahití. | La llama sagrada. | Los amores de José Mo- |
| Miguel Strogoff, o el | Estrellas dichosas. | La ley del harén. | jica (fuera de serie). |
| Correo del Zar. | La senda del 98. | La fruta amarga. | El caballero de la noche. |
| La princesa que supo | Esto es el cielo. | Vidas truncadas. | Arsène Lupin. |
| amar. | Espejismos. | La fiera del mar. | La dama del 13. |
| El coche número 13. | Evangeline. | Tabú. | Amor en venta. |
| Sin familia. | Orquídeas salvajes. | El pasado acusa. | El pecado de Madelón |
| Mare Nostrum. | El caballero. | Papá piernas largas. | Claudet. |
| Nantás, el hombre que se | Egoísmo. | Trader Horn. | La casa de los muertos. |
| vendió. | La máscara del diablo. | Un yanqui en la corte | Titanes del cielo. |
| Cobra. | El pan nuestro de cada | del rey Arturo. | El proceso Dreyfus. |
| El fin de Montecarlo. | La vida. | El código penal. | La vida de un gran artista |
| Vida bohemia. | Vieja hidalga. | La pura verdad. | El último varón sobre la |
| Zazá. | Posesión. | Maternidad, o el derecho | tierra. |
| ¡Adiós, juventud! | Tentación. | a la vida (fuera de se- | Pantomas. |
| El judío errante. | La pecadora. | rie). | Violetas imperiales. |
| La mujer desnuda. | El beso. | Carbón (La tragedia de | Teresita. |
| La tía Ramona. | Ella se va a la guerra. | la mina). | La película de las estre- |
| Casanova. | Los hijos de nadie. | Estudiantina. | llas, Grand Hotel (fue- |
| Hotel Imperial. | El pescador de perlas. | Las peripecias de Skippy. | ra de serie). |
| Don Juan, el burlador de | Santa Isabel de Ceres. | ¡Qué viudita! | Soy un fugitivo. |
| Sevilla. | Las dos huérfanas. | El camino de la vida. | Hollywood al desnudo. |
| Noche nupcial. | La canción de la estepa. | Noches de Viena. | Sangre roja. |
| El séptimo cielo. | El precio de un beso. | Mamá. | El doctor X. |
| Beau Geste. | La rapsodia del recuerdo. | Eran trece. | Emma. |
| Los vencedores del fuego. | Delikatessen. | Cheri-Bibi. | Primavera en otoño. |
| La mariposa de oro. | Del mismo barro. | Bésame otra vez. | El hijo del destino. |
| Ben-Hur. | Estrellados. | Camarotes de lujo. | Ella o ninguna. |
| El demonio y la carne. | Cuatro de infantería. | Los hijos de la calle. | El enemigo de la sangre. |
| La castellana del Líbano. | Olimpia. | La divorciada. | El azul del cielo. |
| La tierra de todos. | Monsieur Sans-Gené. | Madame Satán. | El monstruo de la ciudad. |
| Tripoli. | Sombras de gloria. | ¿Cuándo te suicidas? | El hombre que se reía |
| El rey de reyes. | Mamba. | Marianita. | del amor. |
| Sangre y arena. | Molly (la gran parada) | El carnet amarillo. | Susan Lenox. |
| La ciudad castigada. | El valiente. | Honrarás a tu madre. | Mercado de mujeres. |
| Aguias triunfantes. | ¡De frente... marhen! | Su última noche. | Manos culpables. |
| El sargento Malacara. | Prim. | Las alegres chicas de | La princesa se divierte. |
| El capitán Sorrell. | El presidio. | Viena. | La mano asesina. |
| El jardín del Edén. | Romance. | ¡Viva la libertad! | El rey de los gitanos. |
| La princesa mártir. | El gran charco. | Salvada. | El sargento X. |
| Ramona. | Tempestad. | El teniente del amor. | Los seis misteriosos. |
| Dos amantes. | El dios del mar. | Deliciosa. | Esta edad moderna. |
| El príncipe estudiante. | Anne Christie. | Cielo robado. | La novia de Escocia. |
| Ana Karenine. | Sevilla de mis amores. | Amargo idilio. | Besos al pasar. |
| El destino de la carne. | Horizontes nuevos. | Honor entre amantes. | El mayor amor. |
| La mujer divina. | La incorregible. | Para alcanzar la luna. | El expreso fantasma. |
| Alas. | El malo. | El hombre que asesinó. | Al despertar. |
| Cuatro hijos. | El pavo real. | ¡Ríndase! | El robo de la Monna Lis- |
| El carnaval de Venecia. | Bajo el techo de París. | La calle. | sa (La Gioconda). |
| El ángel de la calle. | Wu-li-chang. | El prófugo. | La edad de amar. |
| La última cita. | Montecarlo. | Milicia de paz. | Salvada. |
| El enemigo. | Camino del infierno. | Amores de medianoche. | Divorcio por amor. |
| Amantes. | ¡Mío serás! | La hermana San Sulpicio. | Corazones sin rumbo. |
| La bailarina de la Opera. | ¡Aleluya! | La dama misteriosa. | Corazones valientes. |
| Moulin Rouge. | La mujer que amamos. | Los clavos de la Vir- | Irusta-Fugazot-Demare |
| Ben Ali. | Al compás de 3-4. | gen. | (fuera de serie). |
| Los cuatro diablos. | La princesa enamorada. | Pareja de baile. | Los tres mosqueteros |
| ¡Ríe, payaso, ríe! | Amanecer de amor. | Al Capone (Pánico en | (Los Herretes de la |
| Volga, Volga. | El gran desfile (edición | Chicago). | reina). |
| La sinfonía patética. | popular). | Mi último amor. | Milady (Segunda parte de |
| Un cierto muchacho. | Du Barry, mujer de pa- | Muchachas de uniforme. | Los tres mosqueteros). |
| ¡Nostalgia! | sión. | Marido y mujer. | Esclavitud. |
| La ruta de Singapore. | Angeles del infierno. | Mata-Hari. | La alle 42. |
| La actriz. | Cuerpo y alma. | Congorilla (fuera de se- | Las dos huérfanas. |
| Mister Wu. | El impostor. | rie). | Cabalzaga. |
| Renacer. | Esposas a medias. | Carceleras. | Secretos. |
| El despertar. | Esclavas de la moda. | Erase una vez un vals. | La feria de la vida. |
| La melodía del amor. | Petit Café. | Hombres en mi vida. | Una morena y una rubia. |
| Las tres pasiones. | Hay que casar al príncipe. | Niebla. | Como tú me deseas. |
| Cristina, la Holandesita. | Inspiración. | Rebeca. | El relicario. |
| ¡Viva Madrid, que es mi | El proceso de Mary Du- | Indescable. | El amor y la suerte. |
| pueblo! | gan. | Tarzán de los monos. | Una viuda romántica. |
| Sombras blancas. | Marruecos. | El terror del hampa. | Rasputin y la Zarina. |
| La copla andaluza. | En cada puerto un amor. | La vuelta al mundo po- | Susana tiene un secreto. |
| Los cosacos. | Conoce a tu mujer? | ouglas Fairbanks. | 20.000 años en Sing Sing. |
| Ícaros. | El millón. | Chica bien. | Huérfanos en Budapest. |
| El conde de Montecristo. | La mujer X. | Recién casados. | ¡Milagro! |
| La mujer ligera. | Gente alegre. | Champ (El campeón). | Vivamos hoy. |

Odio. Yo he sido espía. Nada más que una mujer. El consejero del rey.
 Los crímenes del museo. No seas celosa. Dama por un día. El brindis de la muerte.
 El secreto del mar. Desfile de candelillas. La espía núm. 13. Abdul Hamid.
 Mis labios engañan. Aves sin rumbo. Señora casada necesita marido. La madrecita.
 No dejes la puerta abierta. Simone es así. Viva Villa! Busco un millonario. Asegure a su mujer.
 Dos noches. Pescada en la calle. El Cairo. El juramento de Lagardère.
 La melodía prohibida. Una noche en El Cairo. Sinfonías del corazón. El conde de Montecristo.
 El primer derecho de un hijo. El rey de la plata. El novio de mamá. Julieta compra un hijo.
 Canción de Oriente. Sobre el cieno. Mademoiselle Doctor. La novela de
 La amargura del general. Las sorpresas del coche. Las Vírgenes de Wimpole. Carlos Gardel.
 Ven. cama. Street. Nobleza baturra.
 Boliche. Sol en la nieve. Las mil y dos noches. El velo pintado.
 La vida privada de Enri- Madres de bastidores. Al llegar la primavera. Nuestra hijita.
 que VIII. La portera de la fábrica. Madrid se divorcia. Amor de madre.
 Fra Diavolo. Granaderos del amor. Toda una mujer. Vivamos de nuevo.
 El padrino ideal. Fanny. Yo canto para ti. Cuando el diablo asoma.
 El judío errante. Siempre en mi corazón. Ojos cariñosos. Madre Alegría.
 El hijo de la parroquia. Tarzán y su compañera. Al compás del amor. Rosario la cortijera.
 Letty Lynton. El gato y el violín. Espigas de oro. Grandes ilusiones.
 Barrio Chino. Sor Angélica. La generalita. Es mi hombre.
 Yo, tú y ella. Judex. Por mal camino. Angelina o el honor de un
 Un ladrón en la alcoba. Casanova. La legión blanca. brigadier.
 El anta de los cantares. El primer amor. Cruz Diablo. Rataplán.
 La llama eterna. Eskimo. Lo que los dioses destruy- La hija del penal.
 Un hombre de corazón. Un capitán de cosacos. ven. La indómita.
 Sierra de Ronda. El altar de la moda. ¿Quién mató a Eva? La pequeña coronela
 El rey de los fósforos. La virgen de la roca. Fiesta en palacio. El cuervo.
 La Cruz y la Espada. La herencia. Oro y plata. No me olvides.
 El canto del ruiseñor. Madame Du Barry. El fantasma del convento. Rayo de sol.
 La mundana. Sucedió una noche. El amor que necesitan las El cantante de Nápoles.
 Adiós a las armas. Hombres en blanco. mujeres. La nave de Satán.
 Tú eres mío! Fueros humanos. Algel del arroyo. La verbena de la paloma.
 Catalina de Rusia. Viva la vida! Capturados. La hija de Juan Simón.
 Tempestad al amanecer. El negro que tenía el alma blanca. Ben Hur. La reina del barrio.
 Santa. ma blanca. Dos amantes. El secreto de Ana María.
 Belleza a la venta. Carolina. Loshijosdenadis. La simpática huertanita.
 Alalá. Cuesta abajo. La Maternal. El héroe público n.º 1
 La hermana blanca. Sola con su amor. Los de 14 años. Ana Karenina
 La Reina Cristina de Sue- El mundo cambia. Soy mi amor. El 113
 cia. Canción de cuna. Los clavos de la Virgen. David Copperfield
 Por un solo deslíz. Paz en la tierra. Crisis mundial. La llamada de la selva
 Se ha fugado un preso. La dama del boulevard. El explotador de mujeres. abajo los hombres!
 El error de los padres. La hermana San Sulpicio. Encadenada. R. sa de Francia
 La ciudad de cartón. El signo de la muerte. Imperio Argentina. Una chica angelical
 Honduras de infierno. La dolorosa. El pan nuestro de cada Los clavos
 Doña Francisquita. Las fronteras del amor. día. Tango-Bar
 El café de la marina. Wonder Bar. Toda corazón. Am r en maniobras
 El agua en el suelo. La dama de las camelias. Barreras infranqueables. Ahora y siempre
 Fedora. La doncella de postín. La bien pagada. Marietta, la traviesa
 El boxeador y la dama. Caravana. El último contrabandista. Odette
 Esclavos de la tierra. Hombres del mañana. El niño de las monjas. Nuevas aventuras de Tarzán
 2 Mujeres y 1 Don Juan. Así ama la mujer. Por unos ojos negros.
 Alma de bailarina. La buenaventura. Don Quintín, el amargao

Que han constituido otros tantos éxitos para esta colección, considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante

PROXIMO NUMERO:

LA DELICIOSA NOVELA
DE LA «SERIE FAMILIAR»

DOS FUSILEROS SIN BALA

por los «ases» Stan Laurel y Oliver Hardy

EDICIONES BISTAGNE publica siempre lo mejor!

De interés para nuestros suscriptores y lectores

EDICIONES BISTAGNE publicará en esta acreditada colección, en exclusiva, la novelización de la casi absoluta totalidad de las producciones nacionales, y adelantamos algunos títulos a cual más sugestivo:

La bien pagada -

publicada

El último contrabandista

publicada

El niño de las monjas

publicada

Don Quintín el amargao

publicada

Nobleza baturra

publicada

Madre alegría

publicada

Rosario la cortijera

publicada

Es mi hombre -

publicada

La hija del penal

publicada

Rataplán

publicada

La verbena de la paloma

publicada

La hija de Juan Simón

publicada

El secreto de Ana María

publicada

El 113

publicada

Abajo los hombres!

publicada

Los clavos

publicada

Amor en maniobras

publicada

Paloma de mis amores

publicada

La señorita de Trevelez

El cura de aldea

Currito de la cruz

Morena clara

La farándula

¿Quién me quiere a mí?

Las tres rosas

Error judicial

La papirusa

La casa de la troya

La mujer adúltera

El ruiseñor del convento

Precio: UNA PESETA

Inmejorable presentación

EDICIONES BISTAGNE publica siempre lo mejor!

EN PREPARACION:

LA JOYA DEL CINE NACIONAL

CURRITO DE LA CRUZ

Grandioso asunto.

Inspiradas canciones.

Sublime interpretación de
Antonio Vico, —«Maravillas»—,
Elisa Ruíz Romero, Pedrote,
Carmen Viance, etc.

Precio: Una peseta

¡SIEMPRE LO MEJOR!

E. B.